



**AMALIA DOMINGO SOLER**  
**MEMORIAS**



Apartado Postal 22 28 Caracas 1010-A - Venezuela  
ISBN 85-7341-211-9  
Portada: Cláudio de Oliveira Santos  
4a edición - 14.501 al 15.500 - junio 2000

*Pasado el libro a digital por*

*Anna Maria*

<http://www.Luzespiritual.org>

ÍNDICE

**Prólogo espiritual .....11**

PRIMERA PARTE

**Lo que ella escribió en vida.....31**

SEGUNDA PARTE

**Continuación de las Memorias .....123**

## PRÓLOGO ESPIRITUAL DEL MANUSCRITO DE AMALIA DOMINGO SOLER

Dictado desde el espacio por mediación  
de la médium María

Voy a daros un prólogo, y ese prólogo no tendrá otro objeto que enseñar a los nuevos espiritistas la manera como tienen que redimirse. La redención del hombre es muy sencilla; sólo consiste en amar al prójimo como a sí mismo; pero, dentro de esta sencillez hay un obstáculo que levanta una muralla entre el bien y el "mal", y no quiero decir que es el "mal" que los terrenales veis en el hombre criminal, pues no vengo a hablaros de esos crímenes que se cometen en la tierra, ya que para tales infelices está la ley de los hombres para llamarlos al orden. Dejemos toda esa escoria de ignorancia y de miseria, para remontarnos a esos otros lugares donde el hombre penetra orgulloso, pensando que allí se encuentra la civilización; para estos enfermos del alma será mi humilde prólogo. Bien podía haberlo dejado escrito en la tierra, pero entonces no hubiera tenido el valor que tendrá ahora para los seres pensadores, escribiéndole desde las alturas en que mora mi humilde espíritu. ¡Cuánta diferencia hay de contemplar a la humanidad en vuestra vida terrena, a contemplarla desde el espacio! . . .

Sí, hijos míos. Cuando uno penetra en la vida verdadera, comprende perfectamente que, durante el tiempo que se permanece en la tierra, se desconoce ésta por completo.

Yo, como vosotros sabéis, había procurado emplear bien el tiempo y pensaba que todo lo que hacía era obra de mi voluntad; pero no es así. Cuando el espíritu desciende a la tierra y promete a esa "naturaleza divina" llamada Dios, que ya es enérgica y firme, para pasar del "mal" al bien le envuelven unas fuerzas superiores a las suyas y encarna desconocedor de todo cuanto ha prometido; pero entre la promesa y el Yo se constituye una ley, y esa ley es la que rige durante nuestro paso por la tierra; y así empieza para el espíritu una existencia de lucha y de progreso. Y como en nuestro planeta todo se ignora y lo achacamos todo a la casualidad, vamos viviendo dentro de la oscuridad y la ignorancia, sin conocer esa ley que nuestro arrepentimiento ha creado y que es la que nos conduce a puerto de salvación.

Todas las religiones tienen la tendencia de inculcar al hombre el arrepentimiento y el acto de contrición; pero la equivocación de todas está en dar al hombre un plazo tan corto para arrepentirse.

No, no, hijos míos. El hombre no tiene un plazo para reconciliarse: el hombre tiene una eternidad: el hombre ha sido, el hombre es, y el hombre será. Y los mismos dardos y desengaños que va recibiendo en un sinnúmero de existencias le van enseñando el camino de su propia regeneración. Así es que, cuando el hombre, cansado ya de sufrir el peso de sus culpas, que consciente o inconscientemente pesan en su conciencia, dice: " ¡No puedo más!", entonces, sin que nadie le juzgue, sin que nadie le castigue, él solo invoca su regeneración. Cuando un espíritu ha pasado por la tierra lleno de adulaciones y placeres, al penetrar en el mundo de la verdad es tan grande su desengaño, que afluye el llanto a su alma y éste es el Jordán de su regeneración. Así me sucedió a mí después de haber malgastado tantas existencias, después de haber mal empleado un talento, después de haberme mofado, en fin,

de todos aquellos seres que de buena fe acudían a mí para que los empapara con el rocío de mi inteligencia. Y no me servían de otra cosa más que de desprecio y de burla aquellos tesoros intelectuales que sólo se conceden a los hombres para que hagan un buen uso de ellos. Yo, en aquella existencia lo hice todo al revés. Ya en un buen número de encarnaciones la poesía ha sido mi única compañera; y si de esa flor tan delicada hubiera hecho el uso que hice de ella en mi última existencia, no hubiera tenido que penetrar tantas y tantas veces en la morada de mi Padre.

¿Es que encontré, al despertar mi espíritu, a los jueces que me recriminaron? ¿Es que hallé un tribunal que me juzgó? No. Allí sólo encontré el remordimiento de mis pequeñeces; allí sólo vi reproducidas aquellas carcajadas de desdén y de desprecio que yo dirigía a un humilde pueblo.

Llegó, afortunadamente, la luz para mi pobre espíritu y comprendí la equivocación en que había vivido; y entonces ¿qué hacer?; y a dónde me dirijo?; ¿a quién llamo?; ¿a quién pido perdón? ¡Ah!, ¿es que tendré que pedir perdón a ese mismo pueblo? No. Ese pueblo sigue a mi alrededor, me contempla y me perdona, porque, por regla general, los pequeños de la tierra son los grandes de espíritu; y éstos, ya de cerca, ya de lejos, pedían mi regeneración, porque comprendían que si mi pobre espíritu llegaba a la reconciliación, podría dar a ese mismo pueblo toda la luz que un día por su jactancia y orgullo le había negado. Así fue que ese mismo pueblo, tan sencillo y tan bueno, rodeó al espíritu del orgulloso poeta, y puesto en forma de coro elevó una plegaria a lo infinito. Yo allí, como el judío errante, en medio de tanta bondad, de tanto amor, hice ese examen de conciencia que sólo se hace cuando el alma se da verdadera cuenta del tiempo que ha perdido. Entonces es cuando el acto de contrición es puramente verdad; entonces es cuando ya el espíritu no puede retroceder de lo que ha prometido; entonces es cuando aquel panorama de almas abnegadas y justas dejan al pobre pecador solo; es cuando viene el llanto, que constituye el bautismo del alma.

Todas las formas que existen en el planeta tierra, todas son símbolos de la verdad. Cuando el hombre se apodera de la verdad, cubre con el velo de su maldad toda la verdad que encierra aquel símbolo de amor. El hombre no puede bautizar al hombre; el hombre no puede redimir al hombre; el hombre sólo se bautiza cuando retira el velo de orgullo que le domina; entonces ve la verdad y se redime por el sufrimiento que sus mismas pequeñeces le han proporcionado.

Por el llanto que brota de su alma se redime y se bautiza; y esa redención y ese bautismo es obra propiamente suya; y entonces es cuando se prepara una nueva existencia, dando a Dios lo que es de Dios y a César lo que es de César, descendiendo a esa penitencia dispuesto a luchar y a vencer. ¡Bendita regeneración! ¡Si vosotros pudierais contemplar lo hermoso que es el trabajo de un espíritu cuando de verdad se ha redimido, cuando de verdad se ha bautizado!, a su paso por la tierra no le han importado ni el escarnio ni la mofa de los humanos, porque ha descendido, prometiendo sufrir y vencer: justo es que, quien ha hecho sufrir y llorar, se encuentre luego en las mismas condiciones.

Nada debéis dudar, nunca debéis decir que todo cuanto os rodea y os acontece no es obra vuestra y que se debe a la casualidad; pues todo lo que os sucede son los acontecimientos hijos de vuestra misma labor; y de este modo vais tejiendo la tela que os envolverá el día de mañana. Cuando de estas verdades os convenzáis, no tendréis necesidad de ir en busca de emisarios que os castiguen o que os perdonen. Entre Dios y los hombres no puede haber escogidos ni privilegiados, porque Dios no es el hombre, Él es Dios, y todo se rige dentro de la verdad, dentro de esa ley suprema. Así es que el hombre debe trabajar para redimirse a sí mismo, y cuando esté limpio de pecado podrá empezar a conocer a Dios.

Todos los que niegan la existencia de Dios tienen razón, y digo razón, porque son almas tan pequeñas que aún no han comprendido de dónde emana esa inspiración que los alienta y los guía por el destierro de la vida; y luego, si no se conocen ellos mismos, ¿cómo van a comprender a Dios? Conocer a Dios es muy difícil y es muy fácil. El espíritu conoce a Dios cuando ha sufrido y llorado mucho, porque para conocer lo bello y lo grande se tiene que haber pasado antes por esos estados atmosféricos en que el hombre se asfixia; y dentro de esa misma labor es cuando el hombre analiza y conoce la verdad. Para que el hombre ore con el alma, es necesario que se encuentre en un sitio donde las zarzas cierren su paso; pues cuando se ve imposibilitado de salir de este laberinto es cuando decae su cuerpo y se eleva su alma. Para el alma nunca se cierran todas las puertas en el momento en que su cuerpo gime y llora y dice: "¡No puedo más!" El alma, entonces, busca un punto de apoyo en el océano del infinito, y desde allí contempla esas olas tempestuosas de la vida, comprendiendo, en sus momentos de lucidez, el porqué de su triste situación; y cuando el alma se convence de que así puede llegar al fin deseado, renuncia a todos los goces terrestres. ¡Sí, hijos míos! Al espíritu le es imposible llegar a la felicidad cuando los placeres materiales absorben todos sus pensamientos, y así le sucedió a mi pobre espíritu que, cuando todo le sonreía y sobraba, cuando una humanidad le admiraba por su gran talento, fue cuando mi Yo iba descendiendo de pendiente en pendiente, hasta llegar al fondo de un precipicio.

¡Triste y amargo es describir lo que sucede a un alma cuando se encuentra en esa pobre situación!... El gran mancebo, el satírico poeta, el bufón de otros tiempos... Todas estas y otras pequeñeces, que omito porque sería interminable mi narración, que sugieren estas y otras reflexiones al parangonar mis dos últimas existencias. ¡Cuánta sombra dentro de la opulencia!... ¡Cuánta luz dentro de la miseria!... ¡Qué cambios tan bruscos recibe el espíritu cuando, en determinado momento, pasan por delante de sus ojos, como visión cinematográfica, tantas y tantas costumbres, tantas y tan variadas posiciones sociales, tantas y tan diferentes maneras de pensar, siendo todo, en conjunto, obra de uno mismo!.

¡Cuán grande es Dios! ¡Qué grandes son su obra, su amor y su misericordia! ¡Qué sublimes su bondad y sabiduría infinitas, dando al hombre una eternidad para que vaya, poco a poco, limando la cadena de sus imperfecciones! Allí cayendo, acullá levantándose; aquí sufriendo, allá llorando, y más tarde negando sus divinas bondades, porque, cuando el hombre está dentro de la prueba, son tan grandes y tan rudos los golpes que recibe, que llega a dudar de la misericordia de Dios. Pero esta ley inflexible sigue su curso sin inmutarse ni trastornarse, por más que toda una humanidad niegue su gran poder. Todo en el orbe sigue su rumbo; ni las carcajadas de los audaces ni las lágrimas de los humildes pueden detener su paso. El hombre es hijo de la ley; la ley rige sobre el hombre; el hombre ha de acatar la ley y la ley acaricia al hombre; y éste con su calma, con su amor y con todo lo que es ley y verdad, va siguiendo el curso que es justo que siga. Ahora bien, si todo es justo y todo es obra de la ley, ¿por qué, Dios mío, esa misma ley no hace que el hombre no caiga? Esto, más de una vez, con lágrimas en los ojos y el corazón partido, en mi última existencia lo habían pronunciado mis labios; pero ¡ay! ¡Qué diferencia se encuentra mientras está uno en la ignorancia de la tierra, a cuando se halla dentro esa divina cascada de la que mana el agua de la regeneración! ¡Qué hermosa es la situación del espíritu cuando, por sí mismo, puede ya buscar ese bendito manantial para bañarse y quedarse limpio de pecado! Después de haber obrado esta operación puede el alma contemplar y poner las cosas en su debido lugar. Así me ha sucedido a mí; así sucede a todos los espíritus que, como yo, han pasado una existencia de llanto y soledad, de abandono y miseria, animando un cuerpo inútil y enfermo y falto de todo lo necesario.

Esta fue mi última existencia, como vosotros sabéis, y es a la que mi espíritu tiene más cariño, por haber sido la única que supo aprovechar. Estos sitios me atraen por haber sufrido en ellos tanto, pues así como cuando un cuerpo cae a un precipicio, el médico, primero que

rescatarlo, procura su curación, sin inmutarse porque el paciente sufra y llore, y el afán del doctor es salvarle la vida, comprendiendo que en aquellos momentos corre peligro, y para lo cual emplea toda su sabiduría a fin de salvar un cuerpo que mañana le bendecirá, y cuando han pasado los grandes dolores y el cuerpo queda sano como antes de la caída, corre en busca del doctor para felicitarle y demostrarle su gratitud, en las mismas condiciones se encuentra el alma después de la caída; vienen los dolores, después de los dolores llega la regeneración, y cuando el alma se ha reconciliado consigo misma, busca con placer aquellos lugares en los cuales ha sufrido y llorado.

Mi espíritu ha tenido predilección por encarnar muchas veces en este suelo español; en él he gozado, en él he tenido el orgullo de ser tributado y agasajado por aquellos sencillos espíritus que no comprendían el orgullo del mío; en este suelo he recogido muchas flores, que convertía, por mi jactancia e ingratitud, en espinas para aquellos pobres jardineros que se habían esmerado tanto en presentármelas. ¿Cómo cambiar de lugar? ¿Cómo tomar diferente rumbo, si no es posible coger el fruto sazonado lejos del árbol que lo arroja? A la sombra del mismo árbol, a los rayos del mismo sol, bajo el mismo ambiente es donde se tienen que recoger, una a una, todas aquellas espinas que uno por su orgullo ha hecho brotar de las flores. Aquellas espinas, por justa ley, deben penetrar dentro de nuestras carnes, para sentir el mismo dolor que hemos producido a los demás. Así es de la única manera que el espíritu puede dar el paso más agigantado; y aunque parezca que el espíritu lo tenga todo vedado en el transcurso de la vida, no es así; en sus momentos de lucidez, se da verdadera cuenta de sus caídas y de sus promesas de querer regenerarse. Cuando el espíritu empieza una nueva labor, gime el cuerpo y se sonríe el alma y esas dos entidades, que al parecer no van unidas, dentro de la realidad funcionan en buena armonía, y poco a poco van cumpliendo esa gran misión llamada progreso.

La Tierra es un vergel de flores; sólo en sus troncos guarda las espinas, y esos troncos y espinas no los confecciona Dios, sino que son la obra de vuestras imperfecciones. Cuando el hombre quiera ser feliz, lo será; su felicidad consiste en el sagrado cumplimiento de sus deberes. Cuando el hombre comprenda que su paso por la Tierra es un trabajo de prueba, empezará su verdadera labor, fatigando el cuerpo y ensangrentándose las manos, para arrancar las espinas del tronco de la inmortalidad, del orgullo, de la envidia, etc., que él mismo ha fabricado. Es un trabajo duro, pero para dejar el planeta limpio de imperfecciones, la obra ha de ser puramente vuestra. El hombre, sólo él es quien ha hecho crecer las espinas; sólo él ha convertido ese jardín en un campo árido y sin placer ninguno. Pero el hombre se cansará de sufrir, sí; se cansará de llorar, y fatigado en la "playa" de su vida, escuchando el lenguaje de su conciencia, empezará su redención. Después de redimido bendecirá los contratiempos de la vida; bendecirá la tierra ingrata que con el arado en la mano ha ido removiendo y socavando, buscando el fruto de la semilla que él mismo sembró. Entonces es cuando cada espíritu se encargará de quitar las piedras que ha puesto en su camino; entonces será el planeta Tierra ese vergel que os he mencionado antes, ¡Ah! y entonces ¡qué hermoso será descender a la Tierra! Todo se regularizará y marchará como es debido que marche, porque vuestro mundo también está enlazado con la rueda de otros mundos. También a los otros planetas les ha tocado pasar por la misma rotación que el vuestro, y ahora disfrutan sus moradores de esa plácida calma que necesitan los espíritus para comprender a Dios.

Yo escribí ese trozo de manuscrito sin acordarme de que nunca tuviera que salir a la luz; pero las fuerzas que me inspiraban para que lo hiciera, sí que lo sabían. Esas mismas fuerzas invisibles son las que ahora se han apoderado de vosotros para que no pasara inadvertida la manera y por dónde tiene que pasar el espíritu para purificarse y emprender el camino de la regeneración. El espíritu, "en sus principios", es un tosco pedazo de hierro (valga la comparación). Este pedazo de hierro, para convertirse en un objeto artístico, tiene necesariamente

que pasar por la fundición, donde, después de mil tormentos, completamente purificado, convertido en un objeto de arte, es la admiración de los que lo contemplan. Pues lo mismo acontece a los espíritus. Todos, absolutamente todos "sienten la necesidad" de pasar por la Gran Fundición, dejando en ella, a costa de sus justos tormentos, las imperfecciones adheridas a su espíritu, purificándose con el fuego de los sufrimientos.

Este humilde y sencillo prólogo no tiene otro objeto que enseñar al hombre por dónde tiene que caminar; que comprenda y que se convenza de que nada es hijo del acaso, que todo es obra de nosotros mismos y que cuanto más se sufra y llore, más cerca se está de la felicidad. En todos los días borrascosos que encontréis en el camino de la vida debéis bendecir a Dios, porque teniendo fuerzas y resignación, si en vez de rebelaros os domináis como niños dóciles, el acíbar de la hiel que se acercará a vuestros labios no resultará tan amargo, pues será endulzado en esos momentos si tenéis la resignación debida para llevar el peso de la cruz. Acordaos de cuánto sufrió aquel espíritu de amor y caridad cuya existencia no tuvo otro objeto que enseñar al hombre la manera como tenía que redimirse. Pero las transformaciones de religiones han hecho tanto daño a la humanidad, empequeñeciéndose ellos mismos tanto, que han esparcido una atmósfera putrefacta que la envenena. Ahora esos espíritus que escondieron la luz debajo del celestín van comprendiendo el error en que han vivido al obscurecer la verdad; esos espíritus que han vivido tantos siglos a la sombra de falsas religiones son los que ahora más se apresuran en derrumbar esos sombríos edificios, para que la luz de la verdad se esparza por ellos.

Aquí donde estoy yo quisiera, en determinado momento, que os pudierais reunir todos, para que distinguierais, como yo, la verdad de la mentira, la luz de la sombra, y así podrían dar vuestros espíritus el paso agigantado que se necesita para cuando llegue la transformación del planeta.

Estas pobres líneas son hijas del cariño y amor que tengo a mi hermoso Ideal, y quisiera que todos los discípulos que pertenecéis a nuestra filosofía dierais el ejemplo en vez de entreteneros en esas miserias mundanas, enriqueciéndoos de espíritu, porque ¡ay!, la felicidad que sigue después de una existencia de amargura y sufrimiento no se puede describir: se negaría la pluma del más famoso escritor a trazar en el papel esos conceptos bellos e indescriptibles para el hombre.

En el siglo que estáis pasando aún no está concedido al hombre el poder contemplar de cerca esas maravillas. Para realizarlo tiene antes que purificarse por el sufrimiento. ¡Bendito mil veces el sufrimiento, que nos reporta una eternidad de goce; menos que un granito de arena en la inmensidad de los océanos!.

¡Animo, amigos míos! Yo procuraré con mi amor penetrar en vuestro Yo y empaparos de esas verdades, que al papel no se pueden trasladar, porque la pobreza del lenguaje humano no puede expresar las bellezas de la verdad. ¡Animo y no desmayéis! ¡Adelante! Que todo cuanto os he manifestado es opaco ante la realidad. No hay más cielo que un alma tranquila; no hay más riqueza que el recuerdo de haber obrado bien y haber sido siempre el marinero dispuesto a lanzarse en el furor de la tempestad, de esas tempestades que se desencadenan en los hogares, haciendo con su esfuerzo, de un mar tempestuoso, un mar en calma. Si así obráis, podéis esperar la muerte sin miedo y sin temor; antes al contrario, debéis aguardar ese feliz día, como el que espera un advenimiento que ha de reportarle la dicha y la felicidad...

¡Benditos los justos; dichosos los humildes y los limpios de corazón, que para ellos será la felicidad eterna! . . . ¡Adiós, hijos de mi Ideal!, y que para vosotros sea ese hermoso Faro llamado Espiritismo el que os conduzca al puerto a que me ha dirigido a mí. Allí os espero,

allí os aguardo con el cariño de una madre que va buscando la felicidad para sus hijos, para colocarlos donde ella desea y que no sufran más. No os canséis de leer mi último paso por la tierra y mi despertar en el espacio, sirviéndoos estas sencillas páginas de brújula que os guiará para que no volváis a caer en el fangoso mar de las pasiones.

¡Adiós!. . . Me despido de vosotros diciéndoos: ¡Hasta luego!. . . Os espero en las regiones de amor, donde nos reuniremos todas las almas que, como ésta, han sabido aprovechar su último paso por la Tierra.

## **PRIMERA PARTE**

### **LO QUE ELLA ESCRIBIO EN VIDA**

Yo nunca había pensado escribir "mis Memorias", porque huía de la noche de mi pasado para no aumentar las sombras de mi presente; pero el espíritu del Padre Germán (que tanto bien me ha hecho en esta encarnación) me dijo hace algunos años lo siguiente:

- Tienes que dejar una herencia a los pobres de la tierra.
- ¿Herencia?. . . - repliqué, con amarga ironía -, Y ¿qué quieres que deje yo a los pobres?. . . Por razón natural, moriré en un hospital o auxiliada por algunas mujeres piadosas, que se verán con grandes apuros para costear la caja que encierre mis restos.
- La herencia a que yo aludo la puedes dejar de la misma manera, sea cual sea el final de tu actual existencia.
- No te comprendo.
- Pues, nada más sencillo ni más fácil de hacer que tu legado. Tú debes dejar escritas tus memorias; debes decir a las mujeres que lloran lo mucho que has llorado; puedes enseñarles el modo como encontraste una familia, y cómo, en medio del más horrible aislamiento, te creaste amistades verdaderas y admiradores entusiastas; es un deber que tienes que cumplir y lo cumplirás; y después de cumplido quedarás satisfecha de tu obra.

Los años pasaron y, aunque nunca olvidé los consejos del Padre Germán (mucho más cuando él me lo recordaba con frecuencia), no me encontraba con valor suficiente para mirar de frente mi pasado; me lamentaba de mi presente y me entristecía mi porvenir.

Al fin, la comunicación de un espíritu amigo me decidió, y una noche, no sé si dormida o despierta, escuché una voz que me dijo, con acento de amarga reconvención:

-¡Qué ingratos sois los terrenales!...  
¡No recordáis más que las desventuras!. . .  
¡Qué pronto olvidáis las horas de placer!.. . Te lamentas de tu infortunio, producto de tus desaciertos y de tu atolondramiento en todos los actos de tus existencias anteriores; pero, entre tantísimas espinas, ¿no te acuerdas de haber encontrado una flor cuya dulcísima fragancia aún embalsama tu vida? ¿No te acuerdas del idilio de tu infancia? En la aurora de tu actual existencia, ¿no contemplas la figura adorable de una mujer, que fue el ángel de tu guarda, y que cuanto tiene de racional tu entendimiento, todo se lo debes a ella? ¿Tan pronto has olvidado que te llevó en sus brazos, con más satisfacción que si llevara al Salvador de un mundo? ¿Es posible ya no la veas velando tu sueño? Cuando lees y te entusiasmas con las obras escritas por los grandes genios, ¿no se te ocurre decir: ¡Ella me enseñó a leer!. . . ¡Ella inculcó en mi mente el amor a la naturaleza! ¡Ella me hizo comprender la omnipotencia de Dios! ¿Acaso no merece tu madre una página en tus "Memorias"?. . .



Al oír estas palabras, el llanto de remordimiento bañó mis ojos, y al momento sentí que me abrazaban y murmuraban en mis oídos, muy quedo:

-¡ No llores, hija mía!....¡No llores!

Como impulsada por una corriente eléctrica, me senté en mi lecho, sintiendo aún el dulcísimo calor de mi madre. ¡Era ella, sí, que al verme llorar había acudido a enjugar mis lágrimas!.

Aprecié en todo su valor la lección que me dio el espíritu que me hizo ver mi ingratitud, y para demostrar al invisible consejero que deseo cumplir un deber sagrado, empiezo diciendo algo de mi infancia.

Yo llegué a la tierra el 10 de noviembre de 1835, eligiendo por cuna la oriental Sevilla; pero no un hogar risueño, por lo mismo que venía a expiar grandes faltas.

A los ochos días de estar en este mundo quedé ciega. Mi madre quedó aterrada ante una criatura que había nacido con tan tristes auspicios.

Durante tres meses hicieron todo cuanto les fue posible a fin de conseguir mi curación, y al ver que la ciencia era impotente rogaron a Dios con fervor para que me concediera puesto en la gloria, prefiriendo mi muerte a verme inmensamente desgraciada.

Al fin, un sabio ignorado, un modesto farmacéutico triunfó de mi enfermedad, abrí los ojos y mi madre creyó que veía el cielo.

Desde aquel instante supremo olvidó por completo sus desventuras (porque mi madre había sido inmensamente desgraciada), y al abrir yo los ojos, el cielo se abrió para ella; me quiso como no se quiere en la tierra, con delirio, con verdadera adoración; si existe la locura del amor maternal, mi madre estuvo completamente loca, desde que yo recobré la vista.

En mis ojos, que me quedaron muy imperfectos, no sé lo que vería, pero es lo cierto que se consagró en absoluto a mí, y no tuvo más afán que hacerme dichosa, sin que por su extremado cariño descuidase en lo más leve mi educación; baste decir que cuando cumplí los dos años empezó para ella la penosa tarea de enseñarme a leer, consiguiendo, en premio de su afán y su desvelo, que a los cinco años leyera correctamente, haciéndome leer en alta voz dos horas diarias.

Nuestros espíritus se unieron de un modo tan admirable, que sólo con mirarnos nos adivinábamos el pensamiento.

Me inspiraba una gran confianza, y la respetaba como si fuera Dios en persona, reconociéndole tal superioridad moral e intelectual, que no encontraba a nadie que se le asemejara.

Mi respeto y veneración estaban exentos de todo temor. La grandeza de su espíritu me asombraba y me dominaba de tal modo, que una palabra suya era una orden terminante para mí.

Veinticinco años estuvimos juntas en la tierra, y una noche de verano ( ¡ay!, jamás la olvidaré) nos quedamos las dos solas, sentadas a la orilla del Guadalquivir, frente a los jardines del palacio de San Telmo. Sin poder explicarnos la causa, las dos estábamos muy

tristes, porque mi madre tenía una enfermedad incurable y sólo la energía de su voluntad la sostenía en pie; la luna nos enviaba sus pálidos destellos, y aquel silencio, aquella calma de la naturaleza, aumentaba nuestra triste melancolía.

De pronto, mi madre tomó mis manos entre las suyas, y dejando correr silenciosamente un copioso llanto, me dijo con la mayor ternura:

- ¡Ay, Amalia! . . . ¡Tengo un miedo!

- ¡Miedo! ¿De qué?

- De lo que nos queda por sufrir, y sobre todo a ti.

- ¿Por qué? ¿Qué nos amenaza?

- La ley de la vida; mi muerte: ¡cuán agradecida te estoy, hija mía!

- ¿Por qué?

- Porque te he debido las horas más felices de mi vida. A mí me educaron bajo el antiguo sistema del terror; mis padres me inspiraron siempre miedo. Mi madre, sólo en sus últimos días fue cariñosa conmigo; el compañero que eligió mi corazón, o no le comprendí bien, o él no me comprendió a mí; lo cierto es que tú no has disfrutado de las caricias de tu padre, por haber vivido siempre separado de nosotros, y sólo tu agradable compañía me ha hecho feliz, y no sé por qué, tengo el presentimiento de que esta felicidad se me va a concluir, y me horroriza el pensar lo que te queda por sufrir.

"¿Qué harás tú sin mí en el mundo? Tu falta de vista no me ha dejado perfeccionar tu educación; tú no tienes ni oficio, ni carrera, ni hábitos de pobreza; como ves poco, eres torpe para las faenas domésticas.

"¿Qué será de ti? Muchas veces (ahor te lo digo para descargar mi conciencia) he pedido a Dios tu muerte, para dejarte colocada en la caja, libre de las miserias de la vida; pero Dios no me ha escuchado, y veo sobre ti una sombra que me espanta, porque veo que se acerca mi último momento, y por más vueltas que le doy, yo no sé cómo vas a vivir."

Al oír sus palabras llore con ella y no supe que contestarle, por que en realidad yo tampoco encontraba camino para poder vivir sin la sombra de mi madre.

Sumidas las dos en profunda tristeza pasamos unos días, y a medida que se iba extinguiendo la vida de mi madre, iba tocando a su fin la pequeña herencia que había heredado de mi padre; cuando ella vio que íbamos a vernos reducidas a la mayor miseria, tembló de espanto por mí, y yo me horroricé por ella; entonces, al ver mi impotencia para trabajar, se operó en mí una extraña transformación, y dirigiéndome a Dios como si hablara con un íntimo amigo le dije así:

- Nunca te he pedido nada, así es que bien puedes concederme lo que voy a pedirte. Yo quisiera que mi madre no tuviera que morir en un hospital; dame a mí todas las amarguras que quieras, yo sola las resistiré; pero ver a ella, tan digna y tan orgullosa, en el extremo de la miseria, eso sí que no me encuentro con valor suficiente para resistirlo. ¡Oye bien lo que te pido! ¡Sola, seré fuerte; con ella. . . no lo creo!

¡Parece mentira lo que me sucedió entonces! Como aquel que ha sido ciego desde que nació y al recobrar la vista encuentra un mundo nuevo para él, así, súbitamente, medí el abismo de la miseria que nos esperaba y comprendí que mi pobre madre, si vivía algún tiempo más, sería horriblemente desgraciada, porque a pesar de haber sufrido mucho no había descendido nunca a la publicidad de su pobreza: había vivido muriendo, pero dentro de su casa, sin decir a nadie el motivo de sus penas.

Cuando se dejó caer para no levantarse más, di gracias a Dios, diciéndole:

- Gracias te doy porque mi madre no morirá negando tu misericordia; tendrá su caja, su nicho, su lápida; en sus últimos momentos se verá rodeada de sus amigos, descansando su cabeza sobre mis brazos; no conocerá el horror del abismo que nos rodea. ¡Bendito!. .  
..¡Bendito seas!

Y con ánimo sereno, durante catorce días no me separé de su lado.

- No te separes de mí; así, así, las dos juntitas, bien abrazadas.

Y en mis brazos exhaló su último suspiro.

Cuando me entregaron la llave de la caja, dije al amigo que cumplió tan triste encargo:

- He aquí lo único que tenía que recoger de la tierra; ahora me voy a otro planeta, al mundo del dolor...

Muchos creyeron que me volvería loca, porque en los primeros días no pude llorar. Durante tres meses perdí la memoria por completo; pintar los primeros momentos de mi soledad es tarea superior a mis fuerzas, y si bien quiero decir algo de lo que experimenté al entrar en mi nueva vida, no es por hablar de mi personalidad, hartamente insignificante, sino para que sirva de lección provechosa a las muchísimas jóvenes que se quedan solas en el mundo, sin más sombra que la que proyecta su cuerpo.

Quiero pintar las angustias de una mujer abandonada a sí misma, y de qué manera, cuando el alma se eleva sobre las miserias humanas, atrae la protección, el consejo y el auxilio de esa gran familia que todos tenemos en el espacio.

En los primeros días de mi soledad me acompañaron las amigas de mi madre, y una de ellas me propuso entrar en un convento, comprometiéndose a buscarme el dote, diciéndome, entre otras cosas, las siguientes:

- ¿Qué harás tú en el mundo? Nada de provecho; eres pobre, y pobre en las peores condiciones; porque tu madre te ha criado con los hábitos de una gran duquesa; no sabes salir a la calle con un lío de ropa, ni con una cesta, ni ir mal vestida; no te puedes poner a servir porque tu falta de vista te hace cometer mil torpezas; los únicos parientes que tienes, que son el hermano de tu padre y sus hijos, no te quieren porque las desavenencias de familia nunca crearon afectos, y todo lo más que harán es atenderte tres o cuatro meses (y gracias que lo hagan) y luego, ¿qué harás? Lo mejor es que te consagres a Dios y te evitarás muchísimos disgustos. ¿Qué me dices? ¿Qué me contestas?

**- Que no quiero ser monja como último recurso. Para consagrarme a Dios preferiría mil veces la vida del anacoreta; en la cumbre de una montaña creo que oiría la voz de Dios; en la celda de un convento renegaría de una religión que rompe los sagrados vínculos de una familia. La religión que desata lo que atan las leyes de la naturaleza, no interpreta la voluntad de Dios.**

-Pero, mujer, ¡si estás sola en el mundo! ¿A quién mejor puedes asirte que a la diestra de Dios?

**- Si mi Dios lo encuentro yo en el sol, en el aire, en los mares, en las aves, en las montañas, en los ríos, en los mares, en los abismos; en todas partes donde se manifiesta la vida, menos en esas casas sombrías que llaman lugares de oración, y en esas tétricas fortalezas donde se consumen centenares de mujeres lejos de todos los afectos que engrandecen el espíritu.**

La buena señora se me quedó mirando muy sorprendida de mi lenguaje, se levantó y se despidió, diciéndome:

- Algún día te arrepentirás; si quieres, piénsalo mejor y dentro de ocho días volveré a saber tu determinación.
- Ya está tomada; la religión debe llenar el alma, para que ésta, en su duelo, le pida un refugio. Y ¿cómo quiere usted que me consagre a lo que rechaza mi razón?

A la proposición de la dama, siguió la de un casamiento sin amor con un hombre de mediana edad, muy distinguido, pobre y enfermizo; y con gran sorpresa de mis parientes y amigos, dije que no quería casarme.

- ¿Es posible? - me dijo un antiguo amigo -. ¿Tú sabes lo que es quedarse sola? No has pensado cómo te verás mañana, porque todas estas visitas pronto se acabarán y tendrás que trabajar para vivir: si te dedicas a coser, al poco tiempo te quedarás ciega y tendrás que pedir una limosna de puerta en puerta.

- Pero seré libre y no habré engañado a nadie; yo no siento nada por ese hombre generoso que me quiere honrar dándome su nombre. Mi madre me dijo muchas veces: "No engañes a nadie", y el consejo de mi madre no lo olvidaré jamás.

Mis negativas alejaron a aquellos que me propusieron el monjío y el casamiento; mis parientes, durante seis meses, me dieron una pequeña pensión, siendo yo, en cambio, la costurera de la casa. Yo acepté muy contenta aquel plan de vida, me quedé viviendo en la misma habitación en que había muerto mi madre, vendí muebles, lo arreglé todo lo mejor posible, y cuando creía que iba a estar más tranquila, mis parientes dejaron de darme la pensión, alegando que no les era posible sostener aquel gasto que se podía llamar superfluo. No me sorprendió tal determinación, pero sí la sentí muchísimo, porque perdía los débiles cimientos sobre los cuales se sustentaba mi humilde existencia.

Cuando mis parientes me negaron su apoyo, una amiga de mi infancia, que estaba muy lejos de Sevilla, me llamó a su lado.

Al verme tan desamparada, acepté la oferta de mi amiga y durante un año estuve separada de la tumba de mi madre; cuando volví a Sevilla (después de haber sufrido crueles desengaños), fui en seguida al Cementerio a llevarle flores, y al postrarme ante su huesa, exclamé:

- ¡Madre mía!. . . ¡He bebido en tiempo la hiel de amargos desengaños!. . . ¡Todo ha muerto para mí!. . . ¡Mentira son el amor y la amistad!...

No es mi propósito seguir paso a paso el calvario de mi vida: no referiré nada de mi historia íntima, a la cual están enlazadas otras personas que aún existen, y no debo en manera alguna poner en evidencia las debilidades de los unos y las ingratitudes de los otros; pasemos, pues, por alto los acontecimientos que me hicieron sufrir mucho.

Como cuando apenas tenía diez años había empezado a escribir y a los dieciocho a publicar mis poesías, figurándome que en Madrid tendrían más éxito mis escritos y al mismo tiempo que el trabajo de la mujer era mejor retribuido que en Sevilla, me trasladé a la Corte, donde en realidad, trabajando, vivía mucho mejor que en la capital andaluza. Pero tanto trabajé de

día y de noche, que mis ojos se negaron a seguir fijamente horas y horas mirando la labor, y entonces comenzó para mí una serie no interrumpida de sufrimientos y de humillaciones inexplicables.

Mientras pude trabajar, pagaba mi habitación en compañía de una buena familia, y me mantenía frugalmente, pero cuando no pude ganar nada, cuando los mejores oculistas que residían en Madrid me dijeron que quedaría ciega si persistía en querer trabajar una semana más, quedé aterrada, horrorizada y sin acción para dar un paso, porque perder la poca luz que me quedaba me producía un espanto que no tiene nombre,

Como mis ahorros eran muy exigüos, pronto tuve que empeñar toda mi ropa, y dominada por ese misterioso instinto de conservación acudí a las casas de aquellas personas que en otro tiempo me habían dado trabajo, para que me dieran un plato de sopa a la hora de comer. Los unos me decían que me encerrase en un asilo; los otros, que para ser tan pobre y tan inútil era demasiado delicada y que debía acostumbrarme a tratar con toda clase de gente.

Como distinguía los bultos, me dediqué a mandadera, llevando cartas a un lado, recados a otro, y a hacer, en fin, cuanto me mandaban para que me dieran un plato de comida; pero, al volver a mi solitario hogar (a las horas del descanso, donde nadie me esperaba, sintiendo el frío que produce la falta de alimento), cruzaba entonces por mi mente la idea del suicidio.

Como los apuros más grandes los pasaba para pagar mi habitación, al ver que me despedían de la que ocupaba por falta de pago, tuve que aceptar la que me ofrecieron gratis en el taller de unos pintores. Y esto sucedió cuando ya no me quedaba ni una prenda que empeñar, por lo que estuve sin poder mudarme de limpia más de treinta días.

Quedé tan desposeída de todo, que ni aun la tumba de mi madre pude conservar, pues transcurrido el tiempo por la ley, sus huesos fueron recogidos por una joven piadosa que, compadecida de mi desgracia, los colocó en la sepultura de sus parientes.

Nada, pues, me quedaba en este mundo. ¿Por qué persistir en continuar en él?  
Y la idea del suicidio se apoderó nuevamente de mí.

Y hallándome con esto muy meditabunda, de pronto di una gran sacudida y me dije:

- Ahora recuerdo que hay una religión; digo mal, hay muchas religiones; aquí funcionan dos: la católica, apostólica, romana, y la reformada por Lutero, o sea la protestante. ¡Si yo pudiera creer en alguna de ellas! ¡Los que creen dicen que son tan felices!. . . Pues, me voy a la iglesia; nadie, por desgracia, más desocupada que yo.

Empecé a recorrer los templos, a oír sermones, y aunque algunos me inspiraban profunda admiración (por el talento de quien los pronunciaba), ninguno de ellos resolvía el problema de mis dudas.

- Y si estos hombres tan instruídos y que, según dicen, están inspirados por el Espíritu Santo, no saben explicar el porqué de estas anomalías incomprensibles y estas injusticias sociales, a pesar de repetir que Dios es Grande, Bueno y Justo, ¿dónde iré, pues, a convencerme de lo que yo necesito que me expliquen?

"Dicen que en las capillas evangélicas se encuentra la verdad; pues iré a ellas."

Fui, en efecto, y allí encontré algo que me hablaba al alma.

Encontré, sobre todo, a una excelente amiga, llamada Engracia, a la que debí más consuelos y atenciones que a todas las prácticas religiosas.

Se compadeció tanto de mi ceguera, que fue para mí un guía humilde y desinteresado. Siguiendo su excelente consejo, fui, y ella me acompañó, a que me viera el doctor Hysern, médico homeópata que, como oculista, había hecho curas asombrosas.

Este sabio me recibió, no como a una pobre, sino como si fuera una gran duquesa; me miró atentamente, me reconoció los ojos a través de unos lentes especiales, le pinté mi horrible situación, y me dijo con tristeza:

- Tiene usted los ojos tan malos, y está tan adelantada la enfermedad, que es casi imposible su curación; pero si sigue estrictamente mis consejos, si se abstiene de mirar nada con fijeza; si, en fin, se resigna y se hace cargo de que no tiene ojos, pasado un año y algunos días recobrará toda la luz que ha perdido y podrá dedicarse a diversas labores, siempre que no sea con luz artificial. Yo le daré toda la medicina que necesite, y si me obedece fielmente, pasado el plazo que le he dicho, si es usted agradecida, bendecirá mi nombre.

Pintar el júbilo que experimenté al oír las palabras de aquel sabio me es totalmente imposible.

¿Qué era un año de sombra, si luego el sol de la vida irradiaría para mí?

¿Qué era la horrorosa esclavitud de la impotencia y las privaciones de un año, si luego mi trabajo, y el pan regado con el sudor de mi frente, me harían libre?...

De qué modo expresaría yo mi contento, que Hysern, que era un hombre muy serio y muy grave, se conmovió de tal manera que sus ojos se humedecieron, diciéndome con voz temblorosa:

- ¡Bendita sea la ciencia que redime a los cautivos!

Desde aquel día cumplí estrictamente los mandatos de mi médico; pero, en cambio, recibía duras amonestaciones de las señoras que me daban sus limosnas o donativos para poder sostenerme.

Una de ellas me dijo un día:

- Parece mentira que haga usted versos tan bonitos, y hasta tenga algún talento, porque no hace usted más que torpezas, con sus delicadezas y escrúpulos de monja, como si un pobre tuviera derecho a tener esos miramientos de no aceptar algunas proposiciones que le hemos hecho. Después se va usted a oír a los pastores protestantes, que son unos herejes que no entrarán nunca en el reino de Dios; y, por último, se pone usted con un médico homeópata que es un loco rematado que la va a dejar completamente ciega para alivio de sus males.

Yo enmudecía, porque nada abate tanto al espíritu como el no tener y después de oír tales filípicas dejaba de importunar por algún tiempo a las señoras que así me amonestaban, haciéndose mi situación material verdaderamente insostenible,

En cambio, tres veces por semana iba a la Capilla Evangélica y allí olvidaba gran parte de mis penas.

Allí me querían tanto! . . ., que a veces decía con el mayor entusiasmo:

- Ya tengo una familia, y una familia numerosa; muchos de sus miembros me quieren; cuando yo paso, oigo un murmullo de simpatía; aquí nadie me reconviene; al contrario, siempre encuentro una mujer compasiva que se empeña en acompañarme a mi casa.

Entre los pocos recuerdos gratos que mi espíritu se llevará de la tierra figurará, en primera línea, mi entrada y permanencia en la Capilla Evangélica de la calle de Calatrava, en Madrid. Mi enfermedad y curación seguían su curso lentamente; mis relaciones con las señoras que me socorrían iban en disminución, porque unas por cansancio me dejaban y a otras las dejaba yo porque me hablaban de mis nuevas creencias con el mayor desprecio, y para evitar altercados enojosos dejaba de visitarlas, con lo cual mis medios de existencia disminuían de un modo pavoroso; pero, como cuando se ha de vivir se vive, una antigua amiga de mi madre, que me quería y me compadecía profundamente, vino a verme una tarde, muy contenta, diciéndome que una sociedad de señoras filantrópicas repartía raciones a los pobres, compuestas de pan y un buen cocido; y ella, pensando en mí, había conseguido adquirir un centenar de bonos, con los cuales tenía yo asegurado el alimento para cien días, y que lo único que sentía era que la casa donde las señoras repartían las raciones estaba muy lejos del centro de Madrid; en cambio tenía para mí la ventaja de ser un barrio donde nadie me conocía.

Con los bonos me entregó un cestito y una gran taza de porcelana.

Aun cuando agradecí mucho a mi antigua y buena amiga sus atenciones por mí, no pude sin embargo dormir aquella noche, y me levanté mucho peor de la vista. Entonces ví claro lo terrible de mi situación y perdí gran parte de aquella repugnancia invencible que sentía para cumplir con aquel sacrificio impuesto por mi fatal dolencia.

Salí, al fin, de mi casa, llegué al palacio donde se hacía la obra benéfica, entré en un gran patio y vi a centenares de pobres de todos aspectos, pues por algo (que entonces no pude explicarme), en aquellos momentos (que eran para mí momentos supremos) recobré una parte de la vista perdida, y pude ver perfectamente el cuadro que tenía ante mis ojos.

Había pobres de todas condiciones, muchas mujeres humildemente vestidas con su mantilla, que, como yo, llevaban la muerte en el alma; muchos ancianos con sus raídos gabanes, que parecían espectros escapados de sus tumbas; eran muchos más los pobres vergonzantes que los de oficio, y estos últimos apostrofaban a los que tenían la inmensa desgracia de no haber nacido en la miseria.

Creo que en aquel instante pagué gran parte de las deudas contraídas en un centenar de siglos; porque sufrí una angustia que no tiene nombre en el lenguaje humano; quise huir, pero al mismo tiempo me dije:

- No; es preciso llegar hasta el fin para saber las fuerzas que tiene mi alma.
- Y me acerqué a recoger mi ración en compañía de un anciano, que me dijo, tristemente:
- ¡Ay, señora! . . . ¡Qué horrible es la crucifixión de la miseria!

Salí del palacio con gran ligereza, tanta, que parecía increíble que pudiera ir tan de prisa; ahora me explico perfectamente lo que no pude explicarme entonces, y es que en medio de mi atroz sufrimiento sentía mi espíritu una alegría inexplicable.

Como aquel que debe una gran cantidad y dice al pagarla: " ¡Gracias a Dios que ya no debo nada a nadie!", así me sucedía a mí. Estaba contenta de mí misma y, al mismo tiempo, pensaba no volver a confundirme con aquellos desgraciados.

Al comprender la portera de mi casa (que era una buena mujer) lo angustioso que era para mí el ir a recoger la ración de comida, ella se encargó de presentar los bonos, y durante mucho tiempo las dos nos alimentamos con el reparto que hacía la sociedad benéfica de señoras.

A medida que el tiempo avanzaba, crecía más mi impaciencia y contaba no sólo los meses, sino hasta los días y horas que me faltaban para recobrar la vista suficiente, según me aseguraba el doctor, para permitirme trabajar, diciéndome a mí misma:

– ¡Qué vida tan tranquila pasaré! Trabajaré cuanto pueda y haré ahorros para socorrer a los ciegos.

Esta esperanza me ayudaba a vivir, pero por más que reflexionaba no acertaba a explicarme por qué unos seres nacen tan dichosos y otros tan desgraciados, y por qué había caído tan gran castigo sobre mí, sin haber cometido falta ni delito alguno. Y como sobre estos temas y otras mil dudas que me asaltaban solía yo sostener diálogos con un médico materialista, que todo lo negaba, me dijo un día:

- ¿Sabe usted quién le dará explicación de lo que siente?

- ¿Quién?

– Unos nuevos locos que creen, con la mejor buena fe del mundo, que **el alma vive, mejor dicho, el espíritu (que así llaman ellos a la fuerza inteligente que da vida al organismo humano) vive por toda la eternidad, encarnando tantas veces cuantas lo necesita, en la Tierra y en otros mundos; y esa serie de existencias le sirve para adquirir conocimientos, perfeccionarse y pagar a la vez los desmanes, las felonías, las traiciones, los atropellos y demás abusos cometidos por él en otras encarnaciones.**

Usted, por ejemplo, tiene la pesadilla con sus ojos; pues esto, para los cándidos y crédulos espiritistas, sería la prueba inconcusa de que usted en otros tiempos ha hecho muy mal uso de sus ojos, o ha dejado ciego a más de un prójimo, y ahora recibe el castigo "por lo que más pecado había".

- Y ¿dónde se reúnen esos locos, como usted dice?

- En una buena casa de la calle de Cervantes. Entre ellos hay hombres de talento que escriben admirablemente. Publican varios periódicos; a mí me mandan "El Criterio".

- ¿Conserva usted algún número?

- Por mi parte, ni lo leo siquiera; mi esposa y mi hijo suelen leerlo para reírse de los fenómenos y de las apariciones de los espíritus, y luego. . ., no sé qué hacen del bienaventurado "Criterio".

- Pues yo le ruego a usted encarecidamente me traiga algún número, ya que tanto me llama la atención lo que piensan esos locos.

– ¡Buena la hemos hecho!. . . Ahora caigo en la cuenta de que será usted muy capaz de hacerse espiritista. ¡Esto sí que estaría gracioso!. . . ¡Que un materialista de "pura raza" proporcionase a usted los medios de conocer el espiritismo! Pero, en fin, la naturaleza es muy sabia, y si usted sólo pensase en su dolencia la habrían enterrado hace ya muchísimo tiempo; y divagando entre Jesús y sus seráficos "pastores", y averiguando si el espíritu de su abuela está en el planeta Marte o en el lejano Neptuno, irá usted pasando los días de la semana más entretenida, sin hacer el menor daño a nadie.



"Yo le prometo que si mi mujer ha destruido "El Criterio", iré a la Sociedad Espiritista Española y les diré: "Denme un número de la sabia revista y cuenten desde hoy con una compañera más para ir al manicomio de Leganés. Porque lo que es usted, o mucho me engaño, o se hace espiritista al vuelo."

"Los poetas son unos locos inofensivos: usted desde niña ha escrito renglones "cortos" y "largos" (como llama Zorrilla a los versos), es usted entusiasta de todo lo maravilloso, y como es una maravilla de primer orden eso de que "hablen los muertos", usted hablará dentro de poco con media humanidad de cuyas cenizas no queda en la tierra ni un miligramo".

Mi buen amigo se despidió, sonriendo bondadosamente y diciéndome:

- Hasta mañana, que le traeré "El Criterio".

Con viva ansiedad esperé el día siguiente. Mi amigo no se hizo esperar; me trajo un número del periódico espiritista ya nombrado, me leyó un artículo, y antes de concluirlo le dije con el mayor entusiasmo:

– ¡Amigo mío, el Espiritismo es la Verdad!

Él se sonrió, moviendo negativamente la cabeza, y me dijo con tristeza:

– Aunque no sea la verdad, es al menos muy consolador, y como usted es tan desgraciada, lo necesita, y por lo mismo le prometo traerle muchos periódicos espiritistas.

Mi amigo cumplió su palabra y me trajo muchos números de "El Criterio", que él mismo me leía.

Desde aquel día no descansé hasta encontrar una familia espiritista que tenía las obras de Allan Kardec, y se las pedí prestadas, y muy poquito a poco y con mucho trabajo comencé a leerlas o, más bien dicho, a estudiarlas.

En seguida empecé a adquirir la convicción absoluta de que el Espiritismo era la verdad de todos los tiempos, y di principio a una serie de estudios con el mejor éxito.

Una mañana, estando en mi casa, sentí de pronto en la cabeza una sensación dolorosa y extraña; me pareció que toda ella se había llenado de nieve: tal frío experimenté en las sienes. Después me pareció escuchar voces confusas: presté atento oído y creí oír esta breve palabra:

- ¡Luz!... ¡Luz!...

– ¡Luz quieren mi alma y mis ojos! - grité, sobrecogida, por una impresión inexplicable -  
¡Luz necesito, Dios mío!...

Y, sin saber por qué, lloré; pero no lloré con amargo desconsuelo; muy al contrario, aquel llanto parecía que me daba la vida.

Sin darme cuenta de lo que hacía, me miré al espejo y lancé una exclamación de júbilo y de asombro indescriptible al ver que mis ojos estaban perfectamente abiertos, como hacía muchísimo tiempo que no me los había visto, puesto que siempre tenía los párpados tan caídos que parecía imposible que pudiera ver lo poco que veía.

– ¿Habrá llegado la hora de recobrar mi libertad? - pregunté en alta voz (como si alguien pudiera contestarme).

– Sí - murmuró una voz muy lejana.

Oír aquel "sí" y echar a correr a ver a mi médico; todo fue uno.

Hysern me miró fijamente, y estrechando mi mano entre las suyas, me dijo con la mayor serenidad:

– Amalia, demos gracias a Dios; desde mañana podrá usted trabajar, pero sin exceso. Acuérdesse usted de lo que ha sufrido y no cometa imprudencias; aún tiene que tomar medicina más de un año.

Desde aquel día para mí memorable, comencé una vida nueva: con la mayor actividad busqué trabajo y lo encontré en seguida, y me puse a coser con tal alegría que parecía que había heredado una gran fortuna; firme en mi propósito de seguir estudiando el Espiritismo, quise tener todas las revistas que se publicaban en España, y no encontré medio mejor que colaborar en ellas.

Comencé mandando a "El Criterio" una poesía, y entonces recibí una carta muy atenta del vizconde de Torres Solanot, con un ejemplar de su obra Preliminares del Espiritismo.

Inmediatamente envié otra poesía al director de "La Revelación", de Alicante, y me contestó a vuelta de correo, ofreciéndome las columnas de "La Revelación".

La alegría que sentí entonces fue tan inmensa como cuando me vi con los ojos bien abiertos.

¡Escribir en la prensa espiritista! ¡Ponerme en relación directa con aquella nueva familia que había encontrado! ¡Hablar con los espíritus! ¡Qué horizonte tan espléndido se presentaba ante mis ojos!

Mi primer artículo espiritista se publicó en la primera plana del número 9 de "El Criterio", del año 1872, y se titulaba: "La Fe Espiritista".

Al entrar en relaciones con la sociedad de Alicante, le pedí una recomendación para poder asistir a las sesiones de la Espiritista Española.

Seguidamente me fue enviada y con ella me presenté, presenciando por fin la primera sesión, que era de controversia con la Escuela Católica. Me entusiasmé con los elocuentísimos discursos de García Lopes, Huelves y Corchado; mientras ellos hablaron me pareció que estaba en otro mundo, y desde aquella noche no perdí ni una sola sesión.

Por tener necesidad de ir a velar a un enfermo conocí a una familia espiritista, compuesta de madre, hija y tres niños de ésta; con la hija, que era viuda, intimité rápidamente; al vernos la primera vez estuvimos hablando más de tres horas y ambas quedamos convencidas de que no era aquella la primera vez que nos veíamos. Desde entonces empezamos a llamarnos hermanas.

Yo seguía cosiendo y escribiendo y cada día se despertaba en mí más afán de escribir.

Pasaron algunos meses, y estando una noche en La Espiritista Española se habló del aniversario de Allan Kardec, y el vicepresidente de la sociedad, don Alejandro Benisia, me miró fijamente, se acercó a mí, y apoyando su dedo índice en mi frente se volvió a sus compañeros y les dijo con gravedad:

- En la próxima velada, que se guarde un turno a Amalia Domingo, que dentro de esta cabecita hay mucho guardado, que a su tiempo dará abundante fruto.

Yo me quedé tan sorprendida, que nada contesté; miré a Benisia y le di gracias con el pensamiento por haber roto la muralla de hielo que me separaba de aquellos hombres sabios que difundían la luz de la verdad.

Para mí era un verdadero acontecimiento, porque nunca había leído en público; en aquellos días tenía muchísimo trabajo en casa de una señora francesa que me atendía mucho, y recuerdo que me encontraba tan inspirada cuando estaba en su casa que muchas veces, mientras cosía, componía versos que solía conservar en mi mente hasta la noche; y otros días, una niña muy amable, sobrina de dicha señora, escribía lo que yo le dictaba; y así compuse la primera poesía que leí en público.

El salón de fiestas estaba brillantísimo; una escogida concurrencia lo llenaba por completo y en la plataforma o estrado había unos veinte espiritistas, los más de ellos con frac y corbata blanca, que tomaban parte en la velada. Cuando me llegó el turno y subí al estrado sentí una emoción indescriptible; recordé todos mis sufrimientos pasados; vi el palacio a cuyas puertas esperaban los pobres que les dieran un poco de alimento; me vi confundida entre ellos, y al verme después en tan distinto lugar, entre hombres eminentes que iban a la cabeza de la civilización, al considerar que mi esfuerzo, que mi constancia en el trabajo me abrían las puertas de aquel nuevo mundo, sentí una satisfacción inmensa, un placer indefinible; porque es preciso haber vivido en la sombra para conocer el valor de la luz; porque es necesario haber estado dos años sin poder contestar una carta por carecer de seis cuartos para un sello, para apreciar en todo lo que vale la comunicación de las ideas.

Ya no estaba separada de la humanidad, ya no era una rama seca en el árbol de la vida; la crisálida se había convertido en mariposa; comenzaba a tener mis débiles alas; yo trabajaría para levantar el vuelo. Y animada por tan hermoso pensamiento, leí con voz entera la poesía, titulada: "A la memoria de Allan Kardec".

Aquella noche formó época en mi vida: el 4 de abril de 1874 entré a formar parte en las filas de los propagandistas del Espiritismo y desde aquella noche, en cuantas veladas literarias ha celebrado la Espiritista Española ha resonado mi humilde voz. Mi pobreza y mi modestísima posición social ya no sirvieron de obstáculos para intimar con aquellos hombres eminentes y aquellas mujeres distinguidas.

Cada día desplegaba mi espíritu mayor actividad para estudiar el Espiritismo; y aunque mi buena hermana, con ternura verdaderamente maternal, me aconsejaba que no trabajase tanto, porque concluiría por no poder hacer nada, una fuerza superior a mi voluntad me impulsaba a no cejar en mi empeño. Así como tuve la inmensa suerte de estar rodeada de buenos espíritus, amantes de la luz, podría llegar a estar dominada por algún enemigo invisible que me guardase odio de anteriores existencias, hubiera sido víctima de la obsesión más horrible y espantosa; más que obsesión, hubiera llegado a ser subyugación absoluta; porque durante muchas horas del día, cuando estaba cosiendo, si me encontraba sola componía versos, que conservaba en mi mente hasta la noche, molestándome muchas veces la tenaz insistencia de los espíritus, a los que decía resueltamente:

- Vamos a ver; antes que todo, yo tengo que ganarme el sustento; el día es para mi trabajo, para mi tarea material bastante hago que las noches y los días festivos los empleo en escribir. ¿Qué más queréis? Dejadme tranquila.

Todos los directores de periódicos y revistas espiritistas me escribían, pidiéndome trabajo.

Lo que escribí en aquella época ahora me asombra y me sorprende en alto grado, porque todo me faltaba; no tenía ningún Diccionario, ni tratados de Gramática, ni libros de consulta de ninguna especie. Cada periódico que recibía me producía una alegría infantil, diciendo a mi hermana:

- Mira, ¿ves?, ya tengo un compañero más.
- Sí y otro nuevo trabajo - me contestaba.

Crecía como la espuma mi correspondencia, y rápidamente me puse en relación con los principales espiritistas españoles. Entonces fue cuando Fernández Colavida me mandó la colección completa de su "Revista", las obras de Allan Kardec y una carta cariñosísima.

Cuando me vi dueña de los libros de Kardec por los que tanto había suspirado, mi alegría fue inmensa.

Como mis ojos se resentían mucho de aquel abuso de trabajo, me aconsejó mi médico que tomase baños de mar, y como de todas partes me ofrecían o me brindaban los hermanos con sus respectivos hogares para que reposara por algún tiempo de mis fatigas, acepté el de una familia espiritista de Alicante, que me envió el dinero para el viaje.

Al llegar a Alicante fui muy bien recibida por todos los espiritistas, encontré lo que no podía esperar, pues no creía que en tan poco tiempo pudieran ganarse tantas voluntades.

Don Manuel Ansó, presidente de la Sociedad espiritista alicantina, hombre muy sabio, doctor y catedrático muy respetado y admirado de todos, me sentaba a su lado y decía a sus compañeros:

- Si Amalia sigue mis consejos hará mucho bien a los desgraciados y a sí misma. Si expiatoria es su existencia, misión hermosa puede cumplir en medio de sus sufrimientos. En trabajar en la propaganda del Espiritismo está su redención.

"La envidia porque irá mucho más lejos que yo.

" ¡Cuánto puede adelantar si no se detiene! ¡Cuánto puede progresar si comprende cuál es su deber!"

Yo le escuchaba con el mayor asombro, porque no podía comprender lo que me guardaba el porvenir.

Veía que mis ojos siempre me amenazaban con el tormento más horrible: ¡la ceguera!. . . V

Vivir de las dádivas y de la protección de los espiritistas, lo rechazaba mi espíritu en absoluto; pues nunca he creído que deba vivir a la sombra del ideal filosófico o religioso que el hombre defiende.

**El ser digno, me decía yo, antes que todo debe ganarse su sustento, y después de atender a las primeras exigencias de la vida terrena, el tiempo sobrante que lo emplee en lo que más grato le sea.** Yo soy muy pobre, debo procurar conservar la poca luz de mis ojos, vivir de ella, y después haré lo demás.

Y con un deseo inmenso de aliviarme, me levantaba antes de las cuatro de la mañana y me iba al baño.

¡Qué bien me encontraba en el mar!

En aquella hora estaba completamente sola. Pensaba en mi pasado con horror, en mi presente con melancolía, en mi porvenir con ese temor que inspira lo desconocido; positivista por excelencia, jamás he vivido de ilusiones y la realidad era muy triste para mí, porque mis fuerzas eran muy débiles.

De Alicante, después de tomar los baños, pasé a Jijona, donde tenían gran empeño los espiritistas en que pasara con ellos una temporada.

Allí encontré atenciones y cuidados verdaderamente maternos, desvelos y demostraciones cariñosísimos que jamás olvidaré.

En Jijona pasé horas muy agradables, mas este goce se turbó con la enfermedad que adquirí, enfermedad que me duró algunos meses; las calenturas del país.

Ansó, desde Alicante, ordenó mi traslación, para tenerme más cerca y poder estudiar mejor mi enfermedad.

De nuevo me trasladé a Alicante, donde la ciencia de mi buen amigo supo combatir y vencer mi tenaz padecimiento.

Para la convalecencia marché a Murcia, donde una familia espiritista me esperaba con los brazos abiertos, y allí permanecí cuatro meses, teniendo una convalecencia muy parecida a una enfermedad; pero me cuidaron con tantísimo cariño y me dieron tan buenos alimentos, que al fin recobré la salud.

En mis ratos lúcidos seguí escribiendo lo que me fue posible, y aquella bonísima familia, don Eduardo de los Reyes y su angelical esposa, me propusieron muy formalmente que no me separase de ellos, mas yo les dije:

- No, no puedo quedarme aquí. En Murcia el trabajo escasea, y el poco que hay está muy mal pagado; yo, mientras humanamente pueda, quiero ganarme el sustento, no quiero vivir a la sombra del Espiritismo.

Y, a pesar de sus reiteradas instancias, me trasladé a Madrid en el mes de febrero de 1876.

Mi hermana me recibió con la más viva alegría, partió conmigo su lecho, y de nuevo empecé a coser y a escribir.

Una noche, al volver de mi trabajo, me dijo mi hermana:

- ¡Cuánto siento que no hayas estado aquí! Han venido a verte dos espiritistas catalanes, me han hablado de tus escritos con muchísimo entusiasmo; traen una tarjeta para ti, del presidente del Círculo Espiritista "La Buena Nueva", de la villa de Gracia, y dicen que es muy buen espiritista y que tiene gran empeño en que vivas en su casa. ¡No te decía yo que volarías muy lejos!. . .

Y mi hermana lloró con gran desconsuelo.

- Mujer, no digas disparates antes de tiempo: ¿qué me he de ir yo a Gracia, sino conozco a ese hombre?
- Pues él te conoce mucho y tanto él como su familia dicen que pronto irás a su casa; ellos volverán pasado mañana, que es domingo, para verte.
- Pues no me verán, porque tengo que trabajar sin descanso lo menos una semana, velando hasta las doce de la noche.
- Pero, lo que es el domingo tienes que estar, no hay más remedio. Tráete el trabajo y yo te ayudaré.

Así lo hice, y el día señalado recibí la visita de los dos espiritistas catalanes, que eran un anciano y un joven, ambos muy distinguidos. El de más edad, que se llamaba Pedro, me dijo:

- Traigo encargo especial de nuestro hermano Luis, que es el Presidente del Círculo "La Buena Nueva", de ofrecer a usted su casa, mejor dicho, una habitación exclusivamente para usted, porque está empeñado en que viva en su compañía; es casado, con dos hijos: una niña de doce años y un chico de catorce, Es muy buena familia.

"En su casa está el Círculo Espiritista, y todos los domingos tiene sesiones por la tarde, y al despedirme me dijo muy formalmente: "Di a Amalia que la espero, que venga cuanto antes".

Mi hermana y yo tomamos a broma tales ofrecimientos, y nos reímos de muy buena gana.

Seguimos hablando largamente, yo les dije entonces mi verdadera situación, y mi hermana añadió:

- Yo bien conozco que mi hermana no puede vivir mucho tiempo así, porque su situación es insostenible; como no tiene seguridad de poder seguir cosiendo, como no sabe nunca con lo que cuenta, y yo no puedo proporcionarle lo que necesita porque soy tan pobre como ella, resulta que su situación es muy crítica. Por otro lado, los espíritus la rodean de tal manera que no la dejan coser tranquilamente y entre la lucha del trabajo para vivir y el de la escritura, va a caer para no levantarse más. Yo creo que el estudio del Espiritismo, más bien la ha perjudicado que otra cosa.
- Eso nunca, señora - replicó Pedro -, porque sus escritos han consolado a muchos afligidos, y el consuelo que a otros ha prestado, ella lo encontrará también, no tenga usted duda, y lo encontrará del modo más sencillo.

"En Barcelona se paga el trabajo mucho mejor que en Madrid y Amalia, en la ciudad condal, ganará lo suficiente para poder vivir, trabajando mucho menos que aquí y quedándole, por consiguiente, más tiempo libre para sus tareas literarias; teniendo la ventaja de poder bañarse en el mar, ya que tanto lo necesita para los ojos. Tendrá más reposo, muy buenos hermanos que la quieran; y si la detiene el no querer separarse de una hermana tan querida, véngase usted también y encontrará las mismas ventajas que ella; trabajará menos y ganará más.

Mi hermana y yo no nos reíamos ya de las proposiciones del anciano espiritista, y como en Madrid (desgraciadamente) nada bueno nos retenía, porque mi hermana, para mantener y educar a sus hijos, era una esclava del trabajo, decidimos trasladarnos a Barcelona, una primero y otra después.

Se resolvió que yo fuera primero, para aprovechar la temporada de los baños y preparar el trabajo que debía empezar mi hermana a su llegada.

Sin perder momento, hicimos los planes y proyectos más agradables, y el 20 de junio de 1876 salí de Madrid con dirección a Barcelona, separándome de mi hermana, con la dulce esperanza de volver a verla muy pronto.

Cuando llegué a la fabril ciudad me esperaban en la estación varias familias espiritistas, hospedándome en casa de don Miguel Pujol, cuyas simpáticas hijas ya me eran muy queridas, por haber tratado a la mayor en Madrid.

Al día siguiente de mi llegada vino a verme Luis, el presidente del Círculo "La Buena Nueva", que desde el primer momento me trató con la misma franqueza que si me hubiera visto nacer; estrechó mis manos entre las suyas y mirándome fijamente, me dijo con acento cariñoso:

- Y ¿qué piensas hacer en Barcelona?
- ¿Que qué pienso hacer? Pues trabajar; nuestro hermano Pedro ya me ha dicho que aquí se paga el trabajo mucho mejor que en Madrid; vendrá mi hermana, viviremos juntas, trabajaremos, y escribiré cuanto pueda, ya que aquí tendré más tiempo disponible.
- ¿Ah, no...¿ Para eso no has venido tú a Barcelona; aquí lo que sobran son modistas y costureras; lo que faltan son escritoras.
- Pero, como escribiendo no gano para vivir, tengo primero que coser, y las horas que me sobren serán las que emplearé en escribir.
- Y ¿tú piensas que podrás coser mucho tiempo? Todo lo más que te queda de vista para coser (y eso, tirando por lo largo) son tres meses; eso te lo digo yo: en cambio, para escribir, siempre verás; te sacaremos cuando seas muy viejecita en un capazo de sol, y aún escribirás.

Las palabras de Luis me dejaron helada; había en la mirada de aquel hombre algo que imponía; magnetizador de gran potencia, su mirada me hacía estremecer, y algo inexplicable me decía que el pronóstico de aquel hombre era una verdad; pero disimulé la penosa impresión que recibí y dije:

- Confío aliviarme mucho con los baños de mar; procuraré coser lo menos posible, pero yo quiero trabajar para vivir.
- Tú podrás querer, pero tus ojos te dirán que no; no hay más que mirártelos; dentro de tres meses (o antes) me lo dirás, y como yo sé lo que te sucederá, ya te estoy arreglando una habitación en mi casa; mi hijo te la pintará; tú, mientras, tomas los baños, y después te vienes a Gracia, donde nadie te molestará; yo te daré habitación y alimentos, con la sola condición de que tú emplees tu tiempo en escribir para los periódicos espiritistas. Para difundir la luz de la verdad, siempre tendrán luz tus ojos; para coser, . . . para coser, antes de tres meses dirías con tristeza: " ¡Se cumplió la profecía de Luis!".

La seguridad con que aquel hombre hablaba me causaba un espanto inexplicable; pero no me abandonó la esperanza y tomé muchos baños de mar, esperando un pronto alivio; mas contra todos mis deseos, mis ojos empeoraban lentamente.

En la plenitud del día me vi obligada a suspender la costura, porque sobre mis ojos había caído un velo de bruma, y vi todos los objetos envueltos en una densa niebla.

Entonces dije a Luis.

- Se ha cumplido tu profecía; todo lo veo cubierto de una espesa neblina; quiero coser y parece que me clavan agujas en los ojos. ¡Dios mío!... ¿Volveré a estar como antes?

- No; durante algunos días, abstente de todo trabajo, y cuando yo te avise, te pondrás a escribir, y ya verás cuántas cosas buenas harás con tus ojos medio cerrados, y eso es lo que yo quiero, porque en Barcelona - ya te lo he dicho muchas veces - sobran costureras y faltan escritoras. No te inquietes ni te apures; haz lo que digo y ya verá cómo propagarás el Espiritismo.

El 10 de agosto me trasladé a Gracia, a casa de Luis, y cuando aquel día me quedé sola en mi habitación, lloré amargamente al convencerme de que otra vez estaba en la impotencia, que no podía ganarme el sustento, que tenía que entregarme nuevamente en brazos de la Providencia, recibiendo favores de una familia pobre, que si bien vivían sin escasez, no contaban con más bienes que su trabajo; familia con la cual nunca había tenido la menor relación y cuyo idioma era distinto. Pensaba en mi hermana (y esto me ponía más triste), que me escribía diciendo lo mucho que necesitaba de mi compañía, para aliviar sus penas, y lo imposible que le era juntar el dinero del viaje para reunirse conmigo.

Mis ojos, convertidos de nuevo en implacables y poderosos enemigos, me habían aprisionado entre densas nieblas.

¡Cuánto me han hecho sufrir mis ojos! Aquel día los empeoré llorando y pensando al mismo tiempo.

Yo, que he sido tan independiente; yo, que he puesto siempre una línea divisoria entre las aspiraciones del alma y las necesidades de la vida, vivo ahora a la sombra del Espiritismo; esta familia que me rodea se gana el pan con el sudor de su frente y yo me siento a su mesa sin derecho alguno.

¿Qué dirán estas criaturas de mí? ¿Qué dirá esta excelente mujer que no tiene más mundo que su casa, cuyo marido e hijos son su religión, y para la cual mis escritos no pueden realmente tener valor alguno?

Luis es el único que les da un valor, sin duda excesivo, cuando me concede hospitalidad con la sola condición de que escriba y propague el Espiritismo; pero esto para mí no es bastante, yo no encuentro legal este modo de vivir y . . .

Pero, bueno, y ¿qué hacer? Conozco al mismo tiempo que estoy como ave sin alas, como pez fuera del agua. . . ¿Adónde iré? A un asilo de beneficencia, lo rechaza mi espíritu en absoluto.

Dicen que puedo ser útil a la Humanidad recibiendo inspiración de los espíritus; pues, por mí no ha de quedar así; ¡Trabajaré sin descanso!...

Y con febril actividad me levanté y me puse a escribir, huyendo de mi mente con rapidez las dudas, la tristeza y los temores.

Y así como cada día tiene su afán, cada trabajo que se emprende tiene sus inconvenientes y obstáculos que vencer.

Cuando me sentaba a escribir, muchas veces reflexionaba y decía:

- Quieren que sea propagandista del Espiritismo; mis ojos enfermos e inútiles para toda labor (menos para escribir) tam bién parece que me dicen: "Propaga la Buena Nueva"; más. . . no basta escribir, hay que relacionarse con mucha gente; los Centros Espiritistas del "nuevo



mundo" me envían sus cariñosas felicitaciones, y para contestar a tantos hermanos y compañeros tengo que gastar mucho dinero en sellos.

Y, no ganando un céntimo, ¿cómo podré seguir correspondencia con mis correligionarios de allende los mares?

Lamentándome una tarde con una amiga espiritista de la impotencia de mi pobreza, me dijo ella:

- Ya verás qué pronto tendrás sellos en abundancia. Mi tío Domingo, el que está en Alicante, delira por tus escritos. Yo le escribiré y verás como lloverán sobre ti sellos de todos colores.

Así fue; a los pocos días me escribió Domingo Galcerán, diciéndome:

- Hermana mía; ponte en relación con todos los espiritistas de la Tierra; yo me comprometo a enviarte cuantos sellos necesites para tu correspondencia; acepta la inspiración de los espíritus y no temas por tu porvenir.

Aquella carta me hizo un bien inmenso, y durante tres años Domingo me envió, mensualmente, la cantidad de sellos necesaria para seguir mis relaciones epistolares.

Otro hermano espiritista de Barcelona, José Arrufat, que tenía un almacén de libros raros, me dijo, sonriendo:

- No te apures por objetos de escritorios; yo te mandaré papel, sobres, tinta, carpeta, plumas y una cartera, y tú escribe, a ver si escribes más que el Tostado.

Luis se reía y me decía:

- ¿Ves, mujer? Queriendo tú trabajar, no te faltará nada de lo necesario para salir adelante con tu empresa.

Ante aquella protección manifiesta de la Providencia, mi espíritu se reanimaba y trabajaba cuanto le era posible, pero echaba muchísimo de menos las sesiones de la Espiritista Española de Madrid; porque en aquella época, en el Círculo "La Buena Nueva" no había más que médiums de muy buena voluntad, que daban sencillas comunicaciones; y para mí, que estaba acostumbrada a oír médiums tan admirables, aquellas narraciones vulgares y lamentaciones de espíritus en sufrimientos no me impresionaban agradablemente.

¡Cuán cierto es que a cada uno le dan los medios de acción apropiados a su modo de ser! Yo vi la luz del Espiritismo en un Centro de sabios; sin admirar yo no podía creer, y aunque en esta existencia no he tenido la menor instrucción científica, me han inspirado inmensa simpatía todos los que han consagrado su vida a la ciencia.

Para mí los sabios han sido mis santos, y mis dioses, los astrónomos; los observatorios astronómicos, los mejores templos de este mundo.

He mirado siempre hacia arriba, por eso la materialidad, la pequeñez de la vida terrena me ha causado siempre profundo hastío, y en el Espiritismo me ha sucedido lo mismo.

Las comunicaciones que me llenaban de inocente alegría eran las de Miguel Vives, que de vez en cuando asistía a las sesiones de "La Buena Nueva".

Me parecía que escuchaba a un apóstol del Cristianismo; retrocedía a los tiempos de Jesús, y lentamente mi alma se iba acostumbrando a aquella atmósfera de reposo y humildad; pero, cuando mi espíritu recibió una impresión inexplicable, fue cuando asistí por primera vez a una sesión en el Centro de Terrasa.

Miguel vivía entonces en una casita muy pequeña, y en una salita, en torno de una mesa redonda, nos reunimos catorce o dieciséis espiritistas. Aquella tarde me encontraba profundamente triste, pero gozaba en mis recuerdos; un mundo de reminiscencias se aglomeraba en mi mente cuando Miguel Vives se concentró, después de haber leído muchas oraciones.

Reinaba el silencio más profundo; todos estábamos con gran recogimiento; el médium comenzó a llorar sin que su rostro revelase la angustia del sufrimiento; todos le miramos atentamente, preguntándonos unos a otros en voz muy queda:

- ¿Quién será? El médium está muy conmovido.

Uno de los hermanos, viendo que Miguel seguía llorando sin hacer la menor contracción, exclamó:

- ¿Quién eres, buen espíritu? ¿A quién buscas aquí?

- "A mi pobre hija" - contestó el médium, con voz entrecortada.

Al oír tal contestación sentí en todo mi ser tan violenta sacudida, me emocioné de tal modo, que me es del todo imposible explicar lo que sentí; pero hice esfuerzos sobrehumanos para prestar toda mi atención al médium que, serenándose, prosiguió diciendo:

- "Sí, hermanos míos; vengo a decir a mi hija que no está sola en ese mundo, que jamás lo ha estado, ni en los momentos de mayor angustia, cuando ha pagado con mares de llanto una mínima parte de sus muchas culpas. Yo he velado su sueño, he guiado sus pasos, le he inspirado la repulsión que siempre ha sentido por todo lo que lleva el sello de la degradación. Yo la he apartado del abismo del suicidio, yo he murmurado en su oído "sufre" y "espera". Yo he conservado el fuego sagrado de la dignidad, bajo las cenizas de la humillación y de la miseria; yo he sido siempre ¡su madre!, aquella que se extasiaba con sus caricias, que no vivía más que para su hija.

" ¡Cuánto has sufrido, hija mía!. . . por mejor decir: ¡cuánto hemos sufrido! Cuando tú te has caído, las dos recibíamos el daño; cuando te desesperabas, al oír tus amargas quejas, yo también creía que Dios era injusto.

"Siempre en pos de ti, he vivido como tú en tinieblas; yo no quería ver la grandeza del infinito, viviendo tú en la sombra del dolor. Yo no quería hacer uso de las ventajas de mi desencarnación, mientras tú estuvieras esclavizada con las esclavitudes de las dolencias, de la soledad y de la miseria.

"Yo quería hacerte libre despertando en tu espíritu un deseo, un anhelo, un afán de penetrar en lo desconocido; yo trabajé, incansable, hasta hacer llegar a ti algo que te hablara de tu eterna vida y que te impulsara al progreso. Yo quería que tuvieses una familia, y ya la tienes, ¡hija mía! Los espiritistas te quieren mucho. . . ¡Queredla, hermanos míos!. . . Ayudadla en su penosa peregrinación. Ella os dirá por qué lloran muchos desgraciados; ella os contará interesantes historias; ella trabajará en medio de su inutilidad física, y difundirá la luz de la esperanza entre los desvalidos y los infortunados.

" ¡Amadla, hermanos míos! Ella se cree sola desde que no se duerme en mis brazos, desde que no oye mi voz, apartándola del peligro imaginario; compadeced, compadeced a los huérfanos, ¡pobrecitos!... ¡Sufren tanto!...

"Pero tú ya no eres huérfana, hija mía, porque sabes que yo vivo para ti, que podría estar muy lejos de la tierra, y tu aliento se confunde con mi aliento, porque sin ti los mundos de la luz están para mí en el caos de la sombra... ¡Te quiero tanto!...

"Os lo vuelvo a repetir, hermanos míos: ¡Amad a mi hija! Dadle el calor de vuestro cariño; que su alma está enferma de frío.

"Tiene miedo, mucho miedo de volver a sufrir lo que ha sufrido.

"Decidle que para ella no habrá más aislamiento; que habrán muchos desgraciados que buscarán sus consejos; decidle que ella dará muchas limosnas a los pobrecitos necesitados; decidle que en sus horas de melancolía se entregue a un asiduo trabajo; que nunca el desaliento se apodere de ella; que jamás la duda la arroje en el abismo de la desesperación, que ella puede borrar las manchas de su pasado conquistando con sus esfuerzos un porvenir glorioso.

"Sí, hija mía; puedes enriquecerte con esas riquezas que nunca pierden su inmenso valor.

"Tú, que tanto me has querido; tú, que tan buenamente creías que sin mí te sería imposible la vida, consuélate con la certidumbre absoluta de que nunca me he separado de ti: la tierra es mi cárcel, porque tú estás en ella, no lo olvides nunca.

"Tú eres mi culto y mi religión, yo vivo por ti y para ti; para mí, en el universo, no hay más que tú; bien he vivido y me he creado numerosa familia en el transcurso de muchos siglos, pero ninguno de mis deudos me atrae como tú; ¡eres tan desgraciada!. . . ¡Te crees tan sola!

"Trabaja en tu progreso ¡hija mía a la que va faltando la luz en los ojos y en el alma!

" ¡Yo te daré una nueva familia! ¡Yo diré a los espiritistas que te amen, yo les inspiraré para que no te abandonen! ¡Tú no padecerás hambre! ¡Tú no sentirás frío! ¡Tú morirás rodeada de pobres que te bendecirán, y acompañarán tus restos llorando con profundo desconsuelo!  
¡Trabaja, hija mía! ¡Trabaja sin descanso interpretando el pensamiento de los espíritus, que trabajando puedes hacer mucho bien a la humanidad; no olvides los consejos de tu madre!"

Mientras habló el médium, una fuerza poderosísima contuvo mis lágrimas y mis demostraciones de júbilo; la realidad era superior a todos mis ensueños. . . ¡Mi madre!. . . Aquella mujer que lo había sido todo para mí, vivía aún y me amaba lo mismo; más - si cabe - que cuando guiaba mis inseguros pasos por la tierra. Ese hallazgo, para mí completamente inesperado, me enloqueció; grité, lloré, abracé a las buenas mujeres que me rodeaban. ¡Mi madre vivía!. . . para mí!

Era la primera comunicación familiar que yo recibía, al revés de la generalidad de los neófitos del Espiritismo, que lo primero que hacen es evocar a sus espíritus más queridos; yo nunca evoqué a mi madre, he mirado siempre la comunicación con el más profundo respeto, y al mismo tiempo he creído siempre que la impaciencia en el Espiritismo es el mayor escollo que podríamos poner en nuestro camino, así que me propuse no ser impaciente; por eso hasta ahora creo que no he sido engañada.

Sentí al hablar a Miguel Vives un placer que nunca había sentido; mientras hablaba el médium ¡yo vivía!. . . ¡yo sentía el calor de la vida!, calor que no he vuelto a sentir después, a pesar de que en muchas sesiones me han dicho los espíritus:

– " ¡ Tu madre está aquí!"

He agradecido su buena intención, he comprendido que querían consolarme, pero he dicho entre mí:

– No está aquí mi madre.

En la sesión de Terrasa fue muy distinto, yo no la evoqué, no creía que mi madre me quisiera tanto, pensaba que por su vida de martirio y por la grandeza de su espíritu estaría muy lejos de las miserias humanas; por eso aquella comunicación espontánea, aquel lenguaje sencillo, lleno del más puro sentimiento, me hizo creer que era mi madre el espíritu que me hablaba.

Me preguntaba a mí misma:

-¿Es ella?

¡Cuánto bien me hizo mi madre con aquella comunicación; Entonces bendije la hora de haber llegado a Cataluña, aprecié en todo su valor la hospitalidad del presidente del Círculo Espiritista de Gracia, y cuando me encontré de nuevo en mi gabinete de trabajo me pareció mi habitación más alegre, más risueño cuanto me rodeaba; porque tenía la certidumbre de que mi madre no me dejaría sola en brazos de la adversidad.

Había, entre los espiritistas que acudían a las sesiones de la Buena Nueva, un joven, maestro de obras, llamado Eudaldo, que habiendo perdido a su madre estudió el Espiritismo con el noble afán de saber si su madre "vivía"; se hizo muy amigo de Luis, de su familia y, como consecuencia natural, yo también entré en el número de sus amigos.

Comenzamos a notar que al dar principio las sesiones Eudaldo se levantaba y se iba a la galería o a un pequeño huerto que servía de desahogo a la casa, y al preguntarle por qué no se quedaba a la sesión, me contestó:

– Muy sencillamente; porque en cuanto los médiums comienzan a hablar, me entra un sueño irresistible, y conozco que este sueño no es natural, porque siento frío, calor, angustia, ganas de gritar, un peso en la cabeza, como si la tuviera llena de plomo; y como yo no quiero ser médium, por eso no quiero estar en la sesión; y el caso es que hago firme propósito de no venir hasta que la sesión se concluya, y estando en el café, me levanto maquinalmente y vengo; pero como a mí nadie me hará hacer las cosas contra mi voluntad, lo que es médium no lo seré.

Luis le escuchaba sonriéndose, y al parecer no hacía el menor caso de sus entradas y salidas, y preguntándole yo un día qué le parecía todo aquello, contestó:

– Nada de particular; Eudaldo será un gran médium, a su tiempo; los espíritus le dominan; si yo le hubiera dicho: "quiero que seas médium", da media vuelta y no vuelve más al Centro; no le digas tú nada; déjale que entre, salga, suba y baje y repita hasta la saciedad que no quiere ser médium; que tú, que tanto recuerdas las sesiones de la Espiritista Española, de Madrid, las tendrás aquí tan buenas y de tanta enseñanza como aquéllas; Eudaldo es una buena adquisición para el Espiritismo, pero si fuéramos impacientes, todo se perdería; demos tiempo al tiempo.

Eudaldo estuvo luchando con su mediumnidad más de un año; cuando una noche, terminada la sesión, estaba él sentado junto a la mesa que había en el centro del salón de sesiones, hablando y riendo a más y mejor, de pronto palideció, inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró

los ojos y exhaló un profundo suspiro. Todos enmudecimos y al poco tiempo se despertó, diciendo:

- ¡Cuando yo digo que no quiero estar en este salón!. . . Vámonos a tu cuarto, Amalia, que allí no me harán dormir.

Diez o doce personas seguimos a Eudaldo, que al entrar en mi aposento se sentó, quedándose dormido instantáneamente; todos le rodeamos, y el médium, después de guardar silencio largo rato, dijo con voz conmovida lo siguiente:

- Hermanos míos: la hora ha llegado de que tengáis entre vosotros un médium que os dará muy buenos resultados; y tú, hermana mía. . . ¿no me conoces?. . . ¿no me recuerdas, Amalia?. . . Soy Benisia, soy el que te dio a conocer donde no te conocían; soy el que pronosticó que llevabas un mundo en tu cabeza. Trabaja con afán, hermana mía; yo estoy contigo, yo he ido desarrollando al médium lentamente; sus comunicaciones te ayudarán en tu trabajo; trabajad unidos; tus amigos del espacio no te abandonan; agradece la protección divina y bendice a Dios en las alturas.

"Me han concedido la inefable dicha de ser yo el que os presente al nuevo médium, ya que a mí me ha cabido la gloria de vencer su tenaz resistencia. Uníos por el amor, hermanos míos; los que no se aman viven desterrados del cielo; Dios es amor, el amor nos acerca a Él, el amor nos engrandece. . . ¡Bendito sea Dios, que es todo amor!"

Si grandes y encontradas emociones experimenté con la comunicación de mi madre, la de Benisia me hizo sentir profunda satisfacción; y como el placer en la tierra se manifiesta con lágrimas, lloré dulcemente, porque yo recordaba a Benisia con profunda gratitud.

Cuando Eudaldo despertó, le conté lo ocurrido, y él se encogió de hombros, diciendo con alegre sonrisa:

- Bueno, bueno: Luis dirá que debo hacer.
- Pues lo más sencillo - contestó Luis -: asistir a las sesiones y dar tu comunicación: pero aquí solamente, ¿entiendes?; porque ahora sobre ti lloverán la mar de peticiones. El uno querrá saber de su madre, el otro de su padre, aquél de su abuelo, y siendo de buenas condiciones, te echarían a perder; y la mediumnidad es un tesoro que si se sabe conservar, dura toda la vida; en cambio, con el abuso se convierte en pesadilla, y ¡ay de aquel que llega a ser juguete de los espíritus!

Eudaldo, a los dos o tres días, entregó a Luis varias comunicaciones escritas, muy buenas; mas Luis le dijo:

- No quiero tantos bienes; con la mediumnidad parlante tienes suficiente para dar luz a muchos ciegos; desecha la escribiente, porque ésta llegaría a serte muy perjudicial. Vives de tu trabajo; necesitas las noches para descansar, los días para tus planos y tus medidas; la tarde del domingo es la que te queda libre, y ésta puedes dedicar a las sesiones; siguiendo mis instrucciones, nunca te arrepentirás de ser médium parlante, harás mucho bien a la humanidad y te lo harás a ti mismo.

Eudaldo apreció en lo que valían los consejos de Luis y hace catorce años que es médium parlante del Centro "La Buena Nueva", médium puramente mecánico; no recuerda jamás ni

un solo pensamiento de sus discursos; cada día, si cabe, son mejores sus comunicaciones; esposo modelo y padre cariñoso, cumple una gran misión en esta existencia.

Sólo por enfermedad o atenciones perentorias de su carrera o de su destino ha dejado de dar comunicación los domingos, jueves y algunos otros días festivos, que son los señalados para las sesiones; y aunque esté en un banquete de familia, o en una reunión política, a la hora señalada todo lo deja y viene al Centro a dar su comunicación, sin tener por este continuo trabajo la menor retribución, da gratuitamente lo que gratuitamente recibe; por eso no le falta la protección de los buenos espíritus; ha hecho bien en su modesta esfera, y Dios quiera que durante muchos años resuene su voz en el Círculo "La Buena Nueva"

Con la adquisición de tan buen médium, las sesiones que antes nada decían a mi alma tuvieron para mí gran atracción, porque empecé a oír una serie de comunicaciones sensatas, profundas y consoladoras.

Sin ser áridamente científicas, no llegaban tampoco a la sencillez de los familiares; eran instrucciones al alcance de todas las inteligencias, sin llegar nunca a la vulgaridad.

Asistiendo semanalmente a una buena cátedra de Espiritismo, mi imaginación tendía su vuelo, y sin poder llegar a las hermosas regiones de la ciencia escribía con mucha facilidad historias y hechos auténticos del Espiritismo, pues siempre en todos mis escritos ha dominado la sencillez de la verdad; he creído siempre que mi invención sería muy pobre en comparación con la realidad.

A fines de agosto de 1877 entró Luis una mañana en mi cuarto, diciéndome con vivas demostraciones de alegría:

- Amalia, ahora sí que vas a empezar una buena campaña. El "Diario de Barcelona" trae un artículo titulado "El mundo de los Espíritus", en el cual dice que el Espiritismo es una "monstruosidad"; y tú vas a contestar al "Diario" diciendo lo que es el Espiritismo.
- ¡Tú estás loco, Luis!; ni tú ni yo somos sabios para convertirnos en defensores del Espiritismo; así es que, por lo mucho que amo la escuela filosófica a la cual pertenecemos, no me meteré, como se dice vulgarmente, en camisa de once varas.
- Déjate de cuentos; tú lee el artículo, pide inspiración a los buenos espíritus y ponte a escribir sin perder un momento; demasiado sé yo lo que hago. ¡Si antes de conocerte ya veía yo las verdades que dirías al mundo entero!

Y se fue, dejándose el periódico.

Aquí de mis grandes apuros, porque si bien soy médium inspirada, no acepto de los espíritus más que aquello que comprende mi razón; creo en la comunicación de los invisibles, pero no me fío para entregarme ciegamente a su inspiración.

Para solaz de las almas sencillas y de los seres afligidos tenía la certidumbre de que servían mis humildes escritos; pero para salir a la defensa de un ideal filosófico tan grande, para convertirme de buenas a primeras en paladín del Espiritismo, me encontré tan pequeña, que mirándome con el buen microscopio de mi razón no hallé en mí la menor condición intelectual que abogara en mi favor.

Pero, al mismo tiempo reflexionaba y decía:

– Yo tengo la obligación de trabajar; debo ser útil a una escuela a cuya sombra he hallado un hogar y una gran familia; mi intención es muy buena. ¡Dios mío!, ¡que no me ciegue la necia vanidad! ¡Buenos espíritus, dadme inspiración!

Y, llena de súbito entusiasmo, escribí el primer artículo de la polémica, que se publicó en la "Gaceta de Cataluña", mereciendo mi trabajo general aceptación.

En el mes de abril de 1878, "El Comercio de Barcelona", refiriéndose a una conferencia dada por don Manuel Lasarte en el "Ateneo Libre", dijo que este señor había dicho que la vulgarización de la ciencia en nuestro país luchaba con antiguas preocupaciones y con el grave inconveniente de que parece abandonar un fanatismo sólo para caer en otro; para pasar de la Inquisición al Espiritismo.

Y héteme otra vez a Luis, diciéndome:

-Escribe, Amalia, escribe.

Y yo, siguiendo sus indicaciones, escribí otro artículo que terminaba del modo siguiente:

"La Inquisición de ayer decía en absoluto: "Fuera de la Iglesia no hay salvación posible"; y el Espiritismo de hoy exclama: ¡Humanidad!, ¡libre eres para creer! ¡La razón derribó a los dioses, y hoy la razón es diosa! ¡Hacia Dios por la caridad y la ciencia! ¡Ésta es la síntesis del Espiritismo!"

En noviembre del mismo año, el notabilísimo orador sagrado don Vicente de Manterola habló sobre el Espiritismo en los templos de Santa Ana y Santa Mónica.

Vi anunciado el tema de sus conferencias y me apresuré a ir a las iglesias donde una lumbrera del Catolicismo se disponía a cubrir con una losa de plomo la eterna verdad del Espiritismo.

No perdía ni una sola de sus palabras; mi frente ardía, mis sienes latían con violencia; sentía en todo mi ser la savia de una nueva vida, y al terminar el orador su plática regresaba a mi hogar, me encerraba en mi aposento y trasladaba al papel todas mis impresiones.

Seis artículos publicó la "Gaceta de Cataluña" dedicados al señor de Manterola que, con toda su ciencia y sus profundos conocimientos, habló sobre el Espiritismo como el último cura de "misa y olla", diciendo que la comunicación constituía una verdad, pero que Satanás era el que se comunicaba con los espiritistas.

"La Revista Popular" salió en defensa del señor de Manterola y un D. J. B. y P. me dirigió todos los insultos que pudo, y a sus diatribas contesté escribiendo siete artículos que se publicaron.

Cuando yo veía con cuánto afán se leían los números de la "Gaceta de Cataluña" que insertaban mis escritos, lágrimas de profunda gratitud brotaban de mis ojos; recordaba mi pasado, cuando pasaba días y días pensando en el modo de morir; después, cuando iba a la Capilla Evangélica y estudiaba el modo de llegar a la perfección, aceptando la mendicidad como el camino más directo para llegar al reino de Dios.

Aquella mujer medio ciega, inútil para ganarse su sustento, puesta en relación con espíritus, protegida por una alma generosa, decía a un sabio de la iglesia romana verdades que no tenían refutación. ¡Qué diferencia entre una religión y el Espiritismo!

La religión me decía:

- ¡Crúzate de brazos, hunde tu frente en el polvo, bendice a los que te maltratan y te atropellan! ¡Ay de ti, si no te humillas hasta perder toda noción de dignidad!

Y, en cambio, cuando escuchó mi humilde voz un espiritista, comprendió que yo podría decir grandes verdades al mundo entero; me llamó a su hogar y me dijo:

- ¡Escribe; di que el Espiritismo es la verdad eterna! Tú, que apenas ves la luz del sol, darás luz a muchos ciegos; y ya que conoces lo triste que es la ceguera, encárgate de curar a los que no quieren ver.

Al comenzar el año 1879 publicó Manterola *El Satanismo, o sea la Cátedra de Satanás, combatida desde la Cátedra del Espíritu Santo. - Refutación de los errores de la Escuela Espiritista*, y yo principié a refutar dicha obra el 5 de marzo del mismo año, escribiendo cuarenta y seis artículos, que coleccionó con los anteriores el editor don Juan Torrents, que publicó un libro titulado *El Espiritismo refutando los errores del Catolicismo romano*. El 20 de septiembre de 1880 publicó la "Gaceta de Cataluña" los retratos del señor de Manterola y el mío, dando la siguiente explicación de dichos grabados:

"Nos no nos proponemos, al publicar el retrato del Rvdo. don Vicente de Manterola y el de doña Amalia Domingo Soler, escribir una biografía completa de ambos personajes. El primero no la necesita; la segunda, hasta cierto punto, puede decirse que no la tiene.

"El señor de Manterola, ex diputado carlista, antiguo consejero de don Carlos durante buena parte de la última guerra civil, y en la actualidad cura párroco de una importante parroquia de la Corte, y según lo que la prensa insinúa, candidato obligado a todas las mitras vacantes que se presenten, es un sacerdote fogoso, apegado a las ideas ultramontanas y dotado de indiscutible talento.

"La señora Domingo, que nació en Andalucía, ha llevado siempre la modesta existencia de un apóstol de las ideas espiritistas. Vive humildemente en el seno de su Iglesia, es querida y considerada por sus correligionarios en todas las regiones de la península que ha recorrido.

"Llevada de un celo inextinguible y desinteresado en favor de las ideas que profesa, ha sabido dejar huellas brillantes de su talento, honrando con sus cultos y fervorosos escritos las columnas de un gran número de periódicos".

Así terminó mi primera polémica con un sabio de la iglesia romana; gracias a Dios, los buenos espíritus no me abandonaron un solo instante, y la que estaba condenada por las religiones a pedir una limosna en la puerta de una iglesia, redimida por su trabajo elevaba un himno al progreso universal.

Mis escritos despertaron la curiosidad primero, la atención después, y muchos indiferentes quisieron saber entonces lo que era el Espiritismo.

En los primeros días del mes de mayo de 1879 entró Luis una tarde en mi cuarto, acompañado del editor espiritista don J. Torrents y, de buenas a primeras, me dijo Luis:

- Amalia; Torrents conviene conmigo en que hace mucha falta un periódico espiritista dedicado exclusivamente a la mujer, donde no escriban más que mujeres; y para mediados de este mes saldrá el primer número; con que ya estás enterada; escribe el artículo de



fondo, habla a tus amigas Matilde Fernández y Cándida Sanz, y verás qué semanario tan interesante haréis; saldrá los jueves.

- ¡Pero tú estás loco, hombre de Dios - repliqué, con enojo y risa a la vez -:  
¿Cómo quieres que yo me meta en el berengenal de un periódico (y semanal, nada menos) teniendo que escribir la Refutación del Satanismo? ¿Tú piensas que los artículos son buñuelos que se echan a freír? Pues estás en un error; que por mucho que me ayuden los espíritus, yo sé como se me queda la cabeza cada vez que contesto al célebre Manterola.

- De poco te asustas; tú no sabes todavía lo que tienes que escribir en este mundo; yo sí lo sé; pon el título que te parezca al nuevo periódico.

- "La Luz del Porvenir".

-¿Ves? Ya el título promete.

- Pero y ¿si lo denuncian? ¿No comprendes que yo no sé dirigir un periódico? Una cosa es colaborar y otra ordenar y escoger los originales.

- Tú no te inquietes por las denuncias que pueda tener "La Luz", tú no tienes más que escribir. Torrents pone la parte material y yo haré la propaganda y proporcionaré suscriptores; con que, trato hecho. Ahora no ganarás nada, porque todo serán pérdidas; cuando el periódico pague sus gastos, entonces Torrents te pagará lo que pueda.

Y se fue Luis con su amigo, dejándome como el que ve visiones.

El 22 de mayo salió el primer número de "La Luz del Porvenir", el cual fue denunciado por mi artículo "La idea de Dios" y condenado a cuarenta y dos semanas de suspensión; pero el 12 de junio salió "El Eco de la Verdad", del cual se publicaron veinteseis números, reapareciendo "La Luz del Porvenir" el 11 de diciembre del mismo año.

"El Eco de la Verdad" también fue denunciado, siendo favorecido el número 11 por un artículo de Cándida Sanz titulado "Los Obreros".

En esta época trabajaba yo mucho, encontrándome casi siempre profundamente triste; parecía que mi alma, muy desgraciada en sus afectos terrenales, necesitaba escuchar una voz amiga.

El 9 de julio de aquel mismo año me encontré más meditabunda que de costumbre; subí al terrado y allí escribí un artículo titulado "El Remordimiento".

Me llamó vivamente la atención mi abatimiento y, aquella misma tarde, estando acompañada de una señora espiritista, subió Eudaldo, y contando a ambos lo que me extrañaba mi tenaz melancolía, el médium se durmió sin que nadie le dijese nada y dio la comunicación siguiente:

"Amalia: no te extrañe la emoción que sientes, es mi fluido que te envuelve; cuando te acostumbres a él, en vez de darte tristeza, te producirá alegría."

"Necesitas quien te aliente en tu, trabajo, no te basta la inspiración que recibes, ni las instrucciones que te dan los espíritus indirectamente en las sesiones; necesitas más aún, y como cada cual tiene lo que se merece y lo que es de imprescindible necesidad, de hoy en adelante, sin día determinado ni hora fija, cuando tengas que hacer algún escrito que a ti te parezca de más importancia que los demás, llamas al médium, y yo te daré las explicaciones

que te sean necesarias para que tu tarea te resulte más fácil; y, como enseñanza y recreo de tu espíritu, te dictaré algunos capítulos de "mis Memorias", las cuales has comenzado hoy, y en ellas aprenderás a resignarte con la soledad de tu alma y darás útiles lecciones a los desgraciados de la tierra."

"No te fatigues ni te impacientes por entrar en el templo de la ciencia, porque todo el camino no se puede recorrer en una existencia. Conténtate con ser en esta encarnación una obrera de buena voluntad".

La comunicación del Padre Germán me llenó de inmenso júbilo, mi alma presentía la grandeza y el sentimiento de aquel noble espíritu, y puedo decir que, si he progresado algo en esta existencia, lo debo únicamente a sus consejos.

En el mes de julio de 1880 me entregó Luís tres tomos que contenían las conferencias científico-religiosas del reverendo padre Llanas.

Leí con avidez los libros citados, encontrando en sus primeros párrafos que para el padre Llanas el Espiritismo entraba en el número de los errores, de las utopías irrealizables y de los sistemas impíos; y como el padre Llanas no desdeñaba la discusión y ofrecía descender al terreno de la prensa, escribí, refutando sus conferencias, quince artículos que publicó "La Luz del Porvenir" y copió la "Gaceta de Cataluña".

Nada contestó el padre Llanas públicamente, pero al terminar mis "Réplicas Filosóficas" (que éste era el epígrafe de mis artículos), preguntó al padre Llanas uno de sus amigos, que también me honraba con su amistad:

- ¿Qué te parecen los escritos de Amalia?
- Muy bien.
- Y, ¿por qué no le contestas?
- Porque nada tengo que objetar; dentro de mi iglesia soy sacerdote católico; fuera de ella respeto todos los ideales que aspiran al engrandecimiento de la humanidad.

En el mes de marzo de 1884 el padre Sallarés (escolapio) dió en la Catedral de Barcelona una serie de conferencias en las cuales combatió el "falso sobrenaturalismo de la secta de los espiritistas", y yo combatí sus argumentos escribiendo diez artículos que se publicaron en "El Diluvio" y en "La Luz del Porvenir".

En mayo del mismo año, el editor espiritista don Juan Torrents me cedió la propiedad del periódico "La Luz del Porvenir" que, llevando cinco años de publicación tenía, puede decirse, su vida asegurada, puesto que cubría gastos; y desde aquella fecha vengo publicando "La Luz", sufriendo las consecuencias de ser como dice el refrán, cabeza de ratón en vez de cola de león.

En el mes de febrero del año 1885, el padre Fita, de la compañía de Jesús, habló en la Catedral de Barcelona sobre el Espiritismo, y yo combatí sus aseveraciones, escribiendo nueve artículos que publicaron "El Diluvio" y "La Luz del Porvenir", teniendo tanta aceptación ambas refutaciones, que los espiritistas de Cienfuegos formaron con ellas un libro titulado *Impresiones y comentarios sobre los sermones de un escolapio y un jesuita*.

Llegó el mes de diciembre del año 1888, y en su primer día me dieron el aviso, por la mañana temprano, de que don José Fernández Colavida, el director de la "Revista de Estudios Psicológicos", estaba expirando; cuando llegué a su casa había dejado de sufrir. Contemplé al gran maestro, y entonces se desprendió de su inerte envoltura una forma gigantesca y radiante; vi toda su gloria, su energía, toda su actividad, toda su ciencia, toda una vida, en fin, consagrada al progreso universal.

Salí de la estancia mortuoria, y sintiendo lo que nunca había sentido, me dirigí a la dirección de telégrafos y puse dos partes; uno a Miguel Vives y otro a Luis, que se hallaba fuera de Barcelona; después fui a una reunión espiritista, diciendo a varios hermanos que allí se encontraban:

- No sé qué tengo; estoy inquieta, hablaría mucho; pienso en Fernández y me parece que pronunciaría un discurso; yo quisiera ir a su entierro y ante su tumba creo que me sentiría inspirada.
- En Barcelona no van las mujeres a los entierros - replicaron algunos espiritistas -; además, Fernández era muy enemigo de manifestaciones ruidosas, y la conducción de sus restos debe hacerse con la mayor sencillez.

La acogida que encontró mi proposición heló mi entusiasmo, y me vine a mi casa contrariada, sin poder explicar lo que sentía.

A la mañana siguiente llegó Luis, y entrando en mi cuarto, me dijo gravemente:

- Todo lo he dejado al recibir tu telegrama. ¿Qué piensas hacer?
- Yo, nada; espiritistas de Barcelona dicen que no está bien que las mujeres vayan a los entierros. Yo quería acompañar a Fernández y ahora no sé qué hacer; tú dirás.
- Pues yo te digo que no sólo tienes obligación de ir al entierro, sino que has de escribir una poesía para leerla ante él que fue nuestro gran maestro, y pide en ella con energía que se levante un monumento a la memoria de Fernández, que debe tener una tumba digna de su trabajo.
- Yo también pensaba eso mismo desde que vi su cadáver; pero no creo que mi voz encuentre eco.
- Tú haz la proposición y déjate de hacer comentarios; pide a los buenos espíritus que te inspiren, y hasta la tarde, que te llevaré en un coche.

A la hora convenida llegué a casa de Fernández, acompañada de Luis, y al saber varias señoras que yo iba al Cementerio se unieron al duelo, me acompañaron y me rodearon cuando leí mi poesía ante el cadáver de Fernández.

Los lectores de "La Luz" saben muy bien que mi voz fue oída, encontrando eco en muchos espiritistas, y que a los dos años de haber dejado la tierra el Kardec español, se trasladaron sus restos a la tumba que (en el Cementerio libre de Barcelona) guardará siempre las cenizas de Fernández.

Poco me resta añadir al relato que llevo escrito; he seguido publicando "La Luz del Porvenir" con muchísimos apuros, "luchando" con el imposible del no tener; y de no haber sido por el

noble desprendimiento de un espiritista al que no conozco personalmente, mi pobre "Luz" hubiera desaparecido del estadio de la prensa.

Gracias a él, gracias a su generosidad aún existe ese consuelo de los desgraciados; esa "Luz" que tanto estiman y con tanto afán esperan en las Penitenciarías.

Además del consuelo moral, "La Luz", fiel depositaría de los donativos que le entregan para los pobres, ha podido repartir desde el 26 de abril de 1881 hasta el 8 de abril de 1891, la cantidad de 9272 pesetas 35 céntimos, enjugando con ese dinero infinitas lágrimas, dando consuelo a muchas viudas y pan y abrigo a pobrecitos huérfanos que de todo carecían.

Para las mujeres desgraciadas que pululan por la tierra, cuyo número es incalculable, he escrito esta sencilla narración, que tiene el mérito de ser fiel trasunto de mi vida.

Aconsejo a las mujeres que lloran, que estudien el Espiritismo, porque sólo el conocimiento exacto de la verdad de la vida puede consolar las grandes desventuras.

Para estudiar el Espiritismo no se debe abdicar nunca del propio criterio, no se debe considerar a los espíritus como consideran los creyentes de la religión católica, apóstolica, romana a sus confesores, que los conceptúan como si fueran la imagen de Dios en la tierra, dejando que piensen por ellos.

No. Las comunicaciones deben leerse y examinarse si son escritas, y escucharlas con atención profunda si son parlantes; y siempre que los espíritus no aconsejan el fiel cumplimiento de todos los deberes, el afán por el trabajo y el deseo del bien universal no deben aceptarse sus consejos.

No es tampoco prudente ni razonable estar de continuo importunando a los espíritus, tomándoles parecer para las cosas más triviales de la vida, porque lentamente, sin darse uno cuenta de ello, se va pasando con armas y bagajes al campo del fanatismo.

No olvidéis, pues, mis consejos, y tened siempre presente que sólo por la abnegación y el sacrificio en bien de la humanidad el espíritu se engrandece y penetra en los mundos donde existe la felicidad.

¡Bendita sea la hora en que conocí el Espiritismo! Benditos sean todos los espiritistas que me han protegido en esta existencia! Mi gratitud hacia ellos durará eternamente; porque les he debido el progreso de mi espíritu y el sostenimiento material de mi organismo; ¡que sólo el pobre sabe apreciar y agradecer en su valor los favores que recibe!

Es necesario haber sentido la angustia del hambre para recordar eternamente el día en que se dejó de padecer. Yo creo que en el mundo más feliz recordaré siempre la humilde casita del Centro "La Buena Nueva" y al noble espíritu que me ofreció en ella generosa hospitalidad, a Luis Llach.

Y tú, ¡madre mía!, espíritu de amor, de abnegación, de sacrificio, de martirio, que tanto te desvelas por mí, que tanto bien te debí en el tiempo que estuviste en la tierra, por tu maternal ternura, por tu inmenso sentimiento, y que desde el espacio me envías los efluvios de tu amor inextinguible, recibe la expresión de mi imperecedero agradecimiento y guíame siempre en el proceloso mar de la vida. ¡Bendita seas, madre mía!

Y tú ¡espíritu querido!, al que conozco con el nombre de padre Germán; tú, que guías mis trabajos de propaganda; tú, que me has aconsejado siempre prudencia y paciencia, tolerancia y humildad, resignación y desprendimiento, abnegación y generosidad, templanza y todas cuantas virtudes pueden engrandecer al espíritu, ¡inspírame!

¡Cuánto he progresado en esta existencia lo debo a tus consejos! ¡No me abandones nunca, padre mío!, y deja que te dé tan dulce nombre, porque como padre amorosísimo me has guiado siempre por el mejor camino, para el engrandecimiento de mi espíritu.

¡Inspírame siempre! . . . ¡Yo quiero ser grande!; yo quiero llegar, no al límite de la perfección, porque esto no existe, pero al menos avanzar tanto como los espíritus que han dejado en pos de sí un rastro luminoso.

¡Inspírame siempre, Padre mío!, quiero poseer la ciencia de los sabios y las virtudes de los mártires que se han sacrificado en bien de la Humanidad...

Amalia Domingo Soler

Gracia, 9 de abril de 1891.

Hoy, 12 de mayo de 1912.

## SEGUNDA PARTE

### CONTINUACIÓN DE LAS MEMORIAS DE AMALIA DOMINGO SOLER

*dictadas desde el espacio por mediación de María, médium del Centro "La Buena Nueva", de Gracia (Barcelona).*

Quedamos en la época en que se publicara mi "Luz del Porvenir", revista que se llevaba a los presidios, y cuando recibía carta de los reclusos mi gozo era inmenso y decía:

- ¡Gracias, padre mío! ¡Ya soy útil a los desgraciados! Si puedo salvar un alma, daré por bien empleados todos los sufrimientos de esta existencia.

Y más de una vez me manifestaba a mí misma:

- No sé si podré sostener esta revista.

Entonces, por mediación del médium me daban aliento y seguía adelante; pero muchas veces había estado a punto de cesar, y salía, no sé de dónde, una mano protectora y me decía:

- ¡Amalia! ¡Adelante!

Y así pasaron todos los años de mi "Luz", hasta que el último protector no pudo ayudarme más.

- ¡Pobre "Luz"! - dije con sentimiento -. ¡Ya no darás más consuelo a las almas afligidas!

Desde entonces tenía correspondencia directa con los hermanos que me contaban sus cuitas y penas, a quienes, valiéndome del médium, seguía dando consuelo.

¡Cuántas cosas pasaron en mi humilde hogar!

La compañera de Luis me quería y me respetaba; se desvivía porque yo no careciera de nada, y sus hijos veían en mí a un ser privilegiado, marchando todo bien hasta el día en que la enfermedad de Luis llamó a la puerta, y desde entonces empezaron largos disgustos. Yo tuve que hacer entonces poderosos esfuerzos para sostener aquel hogar.

Luis, aunque era hombre fuerte, si no hubiera sido por su ideal y por el respeto que le inspiraba mi presencia, hubiera caído; pero yo, entonces, comprendí que había llegado el momento de demostrarle mi gratitud, y más fuerte que nunca, me puse a trabajar y con el concurso de Eudaldo salimos adelante.

Nadie que no la sienta sabe lo que es la gratitud. Yo, que siempre he sido un alma agradecida, pensé:

- Ahora ha llegado el momento de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Al ver que aquella buena mujer, que siempre estaba dispuesta a servirme, había quedado inútil, pregunté a los espíritus la resolución que había de tomar y el padre Germán me dijo:

– ¡Ahora ha llegado el momento de dar la mano a tu protector!

Yo entonces le dije, con lágrimas del alma:

– De hoy en adelante seré tu amparo.

¡Qué grande me vi en aquellos momentos! ¡Ya no era un ser inútil! La que me había abierto las puertas había encontrado en mí una hermana. ¡Ya podía yo dar consuelo de cerca! ¡Ya tenía quién esperara mi llegada cuando salía!

Yo entonces daba mil gracias a Dios de haberme concedido un hogar donde podría progresar; porque el contemplar las miserias de lejos no tiene valor; pues cuando uno las oye contar no se conmueve como cuando las ve, y así no se puede progresar.

Vosotros no sabéis qué cosa es, cuando una está ya convencida de que es árbol seco, y de pronto sale un retoño de placer. Entonces es cuando una, rebosando de alegría, se dice a sí misma:

– ¡Ya puedo vivir! ¡Cuán equivocada estaba al considerar que el árbol que no daba fruto era inútil!

Cuando empecé a ser útil, empecé a vivir; y en esta situación se pasaron algunos años, hasta que lo que se llama muerte vino a buscar a aquella mujer. Yo entonces, mirando aquel cuadro, me decía:

– ¿Qué sucederá aquí?

Porque, lo confieso, en mi última existencia fui muy cobarde; las escenas de familia me asustaban.

Cuando todo había pasado y estábamos un tanto más tranquilos, vino Luis y me dijo:

– ¡Amalia! Tengo que darte un encargo, que ya sé que cumplirás.

Yo pensaba:

– ¿Qué encargo será éste?

Y él adivinó mi pensamiento, porque Luis era muy listo, y leyendo en mi interior me dijo:

– No te asustes, que ya sé de lo que eres capaz, y así, me prometerás que serás madre de mi hija.

No pude contestar; la emoción me embargaba, y pasado el primer momento de tan fuerte impresión le dije:

– Tú, que lees en mis pensamientos, sabrás si estoy dispuesta a cumplir tu deseo - y él me contestó:

- Así estaré tranquilo, porque mi hija, bajo tu amparo, no sentirá la falta de su madre, y de este modo todo marchará bien.

Le contesté:

- Mucho te agradezco la confianza que te inspiro - pues sabía lo mucho que Luis quería a su hija.

En esta forma empezamos una nueva vida, vida de amarguras, porque, cuando se tiene un deber, todo cambia de aspecto.

Yo, que nunca había soñado con tener un cargo tan sagrado, empezaba a ser víctima de insomnios, no por la hija, sino por temor a la gente; porque cuando una joven no está bajo el amparo de sus padres, todo el mundo se cree con derecho de cuidar de ella; y como todo esto ya lo sabía, por eso eran mis apuros e inquietudes, y en esta forma iba pasando el tiempo.

Concha, la hija de Luis, era una joven lista y dispuesta como no había otra; así pues, nuestro hogar marchaba muy bien.

Teníamos una joven recogida, a quien Concha se había propuesto curar de la neurastenia que padecía, siendo ella la única que nos daba que hacer; mas yo, lo confieso, si de mi hubiera dependido, más de una vez la hubiera puesto en la calle.

Pero Concha quería acabar la labor que había comenzado, y por la lástima que le tenían, tanto ella como su hermano, y como todos los refranes son verdad, y entre ellos hay uno que dice: "El roce engendra el cariño", poquito a poco me fui encariñando con ella hasta llegar a quererla; mas ella, cuando comprendió que yo la quería se enseñoreó de mí hasta el extremo de llegar yo a temerla, pasando así los años, hasta que sucedió lo que tenía que suceder.

Concha encontró en su camino su alma gémela, y un día me dijo:

-- ¡Amalia! ¡Ahora sí tendré que dejarte!. . .

Yo encontré muy natural este acontecimiento y le respondí:

- Por mí no te detengas, porque esta es la "Ley", y yo siempre he sido amante de que la mujer forme nueva familia.

Entonces me apresuré a notificarlo a Luis; y él, que como ya dije, era un buen padre, pensando que se trataba de un buen partido, no titubeó en dar su consentimiento.

Pronto llegó el día en que me quedé, otra vez muy sola; no me restaba más familia que Luis; y éste ya no estaba en contacto conmigo, pues se había formado una nueva familia que no era de mi ideal; por consiguiente, si bien me respetaban, no me querían como de la familia.

Concha, al casarse, se marchó muy lejos, dejando en mi corazón un vacío difícil de llenar; pero, como el tiempo se encarga de todo, poquito a poco me fui acostumbrando a la soledad; y digo mal, porque si bien huérfana de familia, en cambio tenía muchísimos amigos que no me desamparaban un instante; y entre ellos había uno que llenaba todo el vacío de mi alma: era el médium que tenía por costumbre venir a tomar café en mi compañía, y de esta manera podía hablar de nuestros trabajos espirituales.



Repuesta algún tanto de esta lucha, me puse a trabajar de nuevo, siguiendo los consejos del padre Germán, que era para mí un espíritu que me inspiraba respeto y cariño, y siempre que se posesionaba del médium me decía:

- ¡Amalia, no te impacientes! Tú piensas que corriendo se llega más pronto y te equivocas, porque has padecido de este defecto en muchas de tus existencias, y ahora ha llegado el momento de refrenar los impulsos de tu espíritu. ¡Amalia! No has terminado tu labor en esta existencia; aún tienes que luchar y llorar harto, porque encontrarás en tu camino muchas espinas, pero vencerás, y como el peso de los años ya te acobarda, por eso vengo yo a darte fuerzas. ¡Sigue, sigue, Amalia, que aún has de perder lo poco que te queda!

¡Ay! Entonces yo pensaba: ¿Qué será lo que tengo que perder?

Y el espíritu, que veía en mí la falta de aliento, me daba fuerzas, prometiendo una felicidad espiritual.

Yo no sabía a quién dirigir mi pensamiento, y me confundía el pensar cuál de los dos que sostenían el Centro sería el primero en dejarme; y digo esto porque todo mi ideal era mi Centro, no teniendo más ilusión que la de hacer el bien, y porque si me faltaba Luis me escasearían los recursos, y si me faltaba el médium me vería privada de las instrucciones para continuar mi labor.

Todo esto me preocupaba en gran manera, porque sólo pensaba en dar consuelo a las almas afligidas, sumidas en la indigencia, sin poder socorrerlas por falta de recursos.

Me asustaba el pensar si llegaba a faltarme la inspiración, porque comprendía que sin el médium no podría continuar; lo confieso, me asustaba, pero, como nadie está solo en la tierra, cuando más triste me encontraba, llegaban algunas de mis amigas que venían a contarme sus cuitas, a quienes prodigaba consuelo y consejos, y ellas, como todas eran madres de familia, creían que yo, no teniendo hijos, no tenía penas; mas cuando ellas se marchaban me quedaba sola y pensativa, diciendo entre mí:

- Esas infelices vienen a contarme sus penas creyendo que soy muy feliz.

Y poco se pensaban ellas que más de una vez hubiera querido ocupar su puesto porque, a decir verdad, no he padecido de esa enfermedad que se llama "celos" y únicamente les he envidiado sus momentos de placer.

Bien comprendo que el tener hijos y no poder darles pan ha de ser el infierno más horroroso que puede sufrir un espíritu, y por eso cuando a mí se dirigía una de esas madres para hacerme confidente de sus desdichas, procuraba, por todos los medios posibles, favorecerla, y cuando me quedaba sola, daba gracias a Dios por no haberme dado hijos, lo cual proporcionaba a mi espíritu gran dicha y tranquilidad.

No tenía nadie que me pidiera pan, pero en cambio tenía muchos amigos que procuraban que yo no careciera de nada.

Más de una vez me habían sucedido escenas como la que acabo de relatar, y de momento, como si una mano protectora cuidara de mí, encontraba mi óbolo centuplicado; entonces yo, sin creer en los milagros, exclamaba:

- ¡Padre!. . . ¡Ahora sí que me han dado una prueba de que todo lo ves!. . .

Otras veces, cuando estaba más triste, venía alguna de mis amigas a contarme sus alegrías, y aquello me dejaba muy satisfecha, dando también gracias a Dios al ver que no todos sufren en la tierra, sino que también hay quien goza, que también existen hogares donde brilla el sol de la felicidad.

Si hay felicidad en la tierra, ahora lo he visto mejor que antes, y esto depende de la misión que cada uno escoge al descender a la tierra.

Como quiera que yo había sido la nota discordante de muchos hogares, era más que justo que me sucediera todo lo que aconteció en mi última existencia.

Es inútil pedir a Dios hijos si no hay espíritus dispuestos a descender entre vosotros, o bien que no seáis acreedores a tanta dicha, por motivos ignorados de momento, porque, cuando estamos en la tierra, un velo nos oculta todo lo del "espacio", siendo la causa de que siempre pidamos que se nos concedan los mayores imposibles.

No pensaba que todo lo que me decían era sólo para darme aliento, para que pudiera escribir.

Así iba pasando el tiempo hasta que llegó la hora de la desencarnación de Luis, golpe mortal que recibió mi espíritu, que, si no hubiera sido por el consuelo y aliento del médium y su familia, no sé lo que hubiera pasado por mí; pero, como yo no me pertenecía, no tuve más remedio que hacer un esfuerzo de voluntad para seguir adelante y no dejar a mi numerosa familia huérfana de mis escritos.

Se sucedieron tantas cosas con la separación de aquel ser, que mi organismo quedó abatido y marchito, cual las azucenas que se inclinan bajo la influencia funesta del vendaval; ya no tenía a quién comunicar mis impresiones porque me faltaba aliento, y Luis me lo daba porque él conocía el estado de mi organismo y aliviaba todas mis dolencias.

En verdad os digo que no había en la tierra otro ser que pudiera sufrir más que yo, porque todo mi organismo estaba desequilibrado hasta el extremo de que un pequeño disgusto me dejaba inútil para mis trabajos.

Comprendía que mi misión era trabajar, y por eso, cuando me veía imposibilitada de ello me desesperaba y lloraba en silencio; pero, como el que quiere derramar luz para bien de la Humanidad nunca está solo, y así yo lo comprendía, me reanimaba, porque cuando más aturdida estaba, sentía una fuerza superior a mí y era cuando salían mejor mis escritos, por lo que daba gracias a Dios por su misericordia para conmigo.

Un día, cuando estaba más pensativa, vino a visitarme una de mis antiguas amigas y me dijo:

– ¡Amalia, es llegada la hora de que pueda ayudarte! ¡Ya siento la inspiración de los buenos espíritus! ¡Ya me hablan de cerca y me dicen que podré prestarte buenos servicios!

Entonces no sé lo que sentí en mí, si era alegría o miedo; porque siempre que se acercaba a mí un ser y me hablaba de mediumnidad, me asustaba; y yo, que no veía en mi amiga más que buena fe, no sabía cómo tomar su facultad y le dije:

– Ten mucho cuidado con lo que tienes entre manos, porque tu buena fe podría perjudicarte y perjudicar a toda tu familia.

A lo cual ella me contestó:

- No tengas miedo, que ya conozco bien lo que tengo entre manos, y si supieras la felicidad de que disfruto desde el día en que comencé a sentir la influencia de los invisibles, no tendrías tanto miedo, y para que te convenzas, vendré todos los días a contarte mis impresiones y te persuadirás de que podré serte útil algún día.

Tan verdad fue, que su mediumnidad nocturna me servía para que yo no tuviera que evocar a los espíritus en mis trabajos, y esto era un gran alivio para mí, dado mi estado precario de salud.

En vista de este cambio de cosas, yo no cesaba de preguntar al padre Germán si habría peligro en mi segunda médium, y él me decía:

- ¡No tengas miedo! Porque ese espíritu no ha cogido el fruto antes de sazón, y más de una vez servirá para todos.

En esta forma íbamos siguiendo, ella inspirándome y yo trabajando, dando así consuelo a todos los que lo necesitaban.

Mi primer médium me decía:

- ¡Qué hallazgo hemos hecho! Ya no tendrás tanta necesidad de mí, porque yo ya voy perdiendo las fuerzas y lo siento más por ti que por mí. ¿Qué sería de ti si un día, en un arrebato de mi enfermedad te quedaras sola?

Pero yo no me conformaba con esta solución, porque de él había recibido tan hermosas enseñanzas y tan buenos consejos que, en verdad, con ellos me había regenerado.

De mi segunda médium hasta entonces sólo había recibido débiles comunicaciones que servían de consuelo a los que estaban lejos; mas como al hombre en la tierra le está vedado el conocimiento del porvenir, yo no sabía lo que daría con el tiempo aquella mediumnidad, pues el tiempo, que nunca se detiene y siempre sigue su curso, es el que va poniendo en claro lo que, entonces, para nosotros estaba vedado.

Cada día venía a visitarme y cada día me daba nuevas pruebas de su mediumnidad verdadera, porque ella no había soñado siquiera que llegara a serme útil; pues cuando me contaba lo que sucedía de noche, lo hacía con miedo, mirando con cierto recelo mi rostro, para ver, por la impresión que en mí producía su relato, si aquello era una ilusión suya o una realidad.

Como ella veía en mí a un ser inteligente con respecto a la mediumnidad, no me ocultaba nada de lo que le pasaba, y yo iba de sorpresa en sorpresa al ver tal maravilla, y con lágrimas en los ojos la besaba con el mayor respeto y le decía:

- Sigue, hija mía, sigue, que me estoy convenciendo de que tú nunca llegarás a ser juguete de espíritus obsesores.

Entonces ella, por el respeto y confianza que yo le inspiraba, se entregaba con toda su buena fe, y era cuando, con la cooperación de mi primer médium, podíamos comprobar la realidad de aquellas comunicaciones.

Recuerdo perfectamente que un día el espíritu encargado de mis trabajos me dijo:

- No sólo en la tierra, sino además en el espacio te será útil.

¡Cuán grande fue mi alegría por haber hecho un hallazgo de tal naturaleza! Ya no me quedaría huérfana de comunicaciones; pero me preocupaba en gran manera el pensar en aquella frase del espíritu amigo:

– No sólo en la tierra, sino además en el espacio te será útil.

¿Qué quería decir todo ello?

Mucho me daba que pensar en si yo tendría que partir pronto; pero, como a los espíritus nada les está vedado, el espíritu del padre Germán, que leía en mi pensamiento, me decía:

– ¡Cómo te acobardas, mujer, cómo te acobardas! ¿No comprendes que por razón natural ella, que es más joven que tú, tiene que quedarse en la tierra, aunque tú tardes mucho en marchar? No te acobardes, que tienes bastante que hacer en el planeta, hay muchos seres que te necesitan y tú debes aún trabajar mucho.

Entonces me ponía tan contenta que me rejuvenecía y me decía a mí misma:

– A trabajar, Amalia, que el que mucho debe, es justo que aproveche el tiempo en bien de los demás.

Todo esto me lo guardaba para no dar importancia a mi segunda médium, porque es muy peligroso adular a los médiums, por cuanto la vanidad está reñida con la virtud, y cuando un médium se envanece de lo que recibe de lo Alto, es cuando desaparece todo lo bueno y loable que podía atesorar y llega a ser víctima de espíritus rastreros y falsos, y por eso yo, al parecer, no le daba importancia alguna, aun cuando ella se desvivía diciéndome:

– ¡Amalia! Los espíritus me dicen que te seré muy útil y a mí me parece que no es verdad; por eso dudo y temo ser engañada.

Yo entonces le respondía:

– No temas, hija mía; que mientras no pidas nada para ti y sí pidas todo para los demás, no se acercarán a ti fuerzas negativas.

A lo que ella me contestaba:

– Te hablo con toda sinceridad, Amalia. Yo no pido nada para nadie; sólo pido para ti, porque, como te veo tan animosa y con una voluntad de héroe para prodigar consuelo y a la vez con un cuerpo que se niega a trabajar, efecto de tu decaído organismo, por eso mismo pido ser tu auxiliar, así la humanidad no carecerá de tus consuelos, que hartos los ha menester.

¡Pobrecita!. . . ¡Qué buena fe tenía entonces!. . . Así yo lo comprendía y le decía:

– ¡Hija mía! Pensando de este modo, no temas ser engañada.

¡Qué hermosa misión cumple el espíritu que vive sólo para el bien!

En medio de mis inquietudes estaba yo un tanto más tranquila porque veía que, a medida que de día en día se iba apagando una luz, otra se encendía; y en mis momentos de soledad daba

gracias a Dios al ver que no me abandonaba, convenciéndome una vez más de que, cuando uno quiere hacer el bien, no se le niegan los medios para practicarlos; y así me sucedía a mí.

¡Qué dolor sentía cuando veía al pobre Eudaldo que, por más esfuerzos que hacía, no podía con su cuerpo! Y esforzándose me decía:

- No te asustes, Amalia, no te asustes. Yo no me iré; no puedo irme, porque ¡.qué sería de ti? ¿Cómo te las arreglarías para tus trabajos espirituales? Como estoy convencido de que me necesitas, aun en medio de mis sufrimientos tengo la esperanza de que no me iré.  
¡Pobrecito, cómo se engañaba! ¡No sabía él que todos los adagios se cumplen! Y hay uno que dice: "A rey muerto, rey puesto", y tal sucede cuando llega el fatal instante, aunque en determinado momento parece que en realidad todo ha terminado.

Así íbamos pasando día tras día, cuando él acordó venir a vivir a mi hogar porque ya no se veía capaz de acudir, con la presteza que siempre lo había hecho, cuando yo le llamaba.

Por fin, un día me dijo:

– ¡Amalia! ¿Sabes lo que he pensado? Que tú estás muy sola y yo estoy muy enfermo; y que habitando contigo aprovecharemos los momentos que tenga de lucidez, y a la vez mis hijos, que ya son mayorcitos, me cuidarán y te servirán de compañía.

No encontré mal su plan y así le dije:

– Cuando quieras y lo más pronto posible; porque de este modo no tendrás que sufrir tanto para ayudarme en mis trabajos.

Convinimos y vino a vivir conmigo en compañía de un hijo y una hija que tenía, a quienes yo quería mucho porque los había visto nacer y crecer.

¡Cómo no quererlos, pobrecitos! Habían compartido conmigo todas sus alegrías infantiles, y más tarde, cuando tenían algo que les molestaba y temían decirlo a su padre, acudían a mí para que yo les librara del peligro que corre la juventud cuando hace travesuras que no son del agrado de los autores de sus días.

Yo, entonces, cumpliendo con mi deber, todo lo arreglaba; y ellos, agradecidos, se echaban en mis brazos y me bendecían. ¡Qué hermosa es la bendición de los seres que entran de nuevo en la vida y que, como no conocen los escollos, se encuentran sin saber cómo salir!  
Comprendiendo yo el bien que hacía en salvarlos no les negaba mi apoyo, dando gracias a Dios porque ya podía representar el papel de madre de los hijos de un hombre a quien tanto debía.

El tiempo que Eudaldo estuvo en mi compañía fue tan corto, que comprendí en seguida que no era él quien motu proprio había venido, sino que una fuerza superior le había impulsado a que realizara su propósito de acabar sus días en mi compañía y dejar bajo mi amparo a aquellos seres que constituían toda su ilusión, porque Eudaldo era un padre como pocos hay en la tierra.

Fue muy justo que "fuerzas invisibles" impulsaran a quien tanto se había desvivido para ser su fiel instrumento y que en señal de gratitud, viendo ya su tumba abierta, le inspiraran la idea de venir a habitar conmigo, y junto con él, aquellos dos seres que tanto quería; hasta que

llegó el día en que el fantasma de la "muerte", que tanto aterraba a la humanidad, hizo que en la tierra todo terminara para él.

- ¡Qué momentos más amargos para mí! Me parecía que el sol ya no alumbraba y que todo había quedado envuelto en el silencio de la "muerte".

Mucho sentimiento había tenido con la "muerte" de Luis, porque le quería de verdad, pero la pérdida de Eudaldo me dejó huérfana de un hermano cariñoso, legándome en herencia un sagrado deber que cumplir; me quedaban sus hijos y yo no sabía de qué manera podríamos vivir juntos, más, como Dios es justo, cuando queremos hacer el bien encontramos siempre los medios para salir del paso.

Cuando más abismada estaba en mis meditaciones, me asaltó una idea, y fue la de poner en venta todos mis libros para poder hacer frente a tan triste situación, sin que por eso me faltaran penas y sufrimientos; pero al menos tenía solucionado el primer problema, y emprendimos una nueva vida de aquellas en que uno mismo no sabe ni cómo la pasa ni si podrá continuarla.

A mi alrededor todo estaba oscuro y silencioso. Yo no sabía qué determinación tomar y me decía a mí misma:

- ¿Qué haremos ahora del Centro?

Como mi deseo era ver si hallaba medio de que continuara funcionando para bien de todos, mandé llamar a algunos espiritistas que me inspiraban confianza para que me aconsejaran lo que tenía que hacer respecto al Centro.

Fue un verdadero fiasco. Uno miraba al otro y se encogían de hombros sin darme contestación alguna satisfactoria, y viendo yo que los hombres no daban solución a aquel conflicto, hice venir a mi segunda médium, que me dijo:

– No temas, Amalia, que lo que los hombres no resuelven, Dios cuidará de hacerlo resolver. Ten ánimo y fe y no desmayes, porque siento una voz oculta que me dice que el Centro volverá a ser lo que era.

Yo en aquellos momentos, lo confieso, perdí la fe; porque ¿cómo habían de volver a mí los que ya se habían alejado? Dirigiéndome a la médium, le dije:

– ¡Hija mía! . . . Si yo tuviera recursos para sostener este Centro, no digo que los "invisibles" no tuvieran razón; pero, como esto es un imposible, desde hoy mismo mandaré buscar otra casa donde mis fuerzas lleguen para poder pagar.

Al oír mi resolución la médium se marchó cabizbaja y disgustada, viéndome tan resuelta a no escuchar a los "invisibles"; y aún no había llegado a su casa cuando recibí la visita de una Comisión del Centro Barcelonés, que venía decidida a prestarme su apoyo.

Entonces comprendí perfectamente que los "invisibles" tenían razón y les pedí mil perdones por haber desoído un momento sus consejos.

Ya se había abierto otra puerta. ¿A dónde me conduciría? No lo sabía, pero era dar tiempo al tiempo; porque, como de un momento a otro las circunstancias cambian, yo pensaba:

- ¡Quién sabe si esto es para esperar cosas mejores!

Y, como ya hacía tiempo que por la médium venían anunciándome la llegada de un opulento espiritista, decidí esperar el resultado.

Mi pobre Centro quedó igual que una frágil barquilla en medio del océano en un día de tempestad; los unos le dejaban, los otros lo tomaban, sufriendo los embates de la indiferencia de los hombres. Yo allí no representaba nada y nadie sabe lo que se sufre cuando uno ve lo suyo en poder de seres que ni lo quieren ni lo entienden.

Así pasaron algunos meses sin saber a dónde íbamos a parar. Mi organismo, harto delicado, iba agravándose cada día más; cuanto más me medicaba, peor me encontraba.

Bien comprendía yo que todos cuantos se proponían curarme no entendían mi enfermedad, y de esta suerte se iban acabando mis fuerzas y agotándose mis energías, comprendiendo yo misma cómo mi organismo se doblegaba y se iba quedando sin aliento.

Tenía ya tantos años, que aquello me parecía natural; mas como todas mis amigas me querían tanto, no estaban conformes con que yo me "marchara", y mi segunda médium no cesaba de aconsejarme que llamara al médico que visitaba a su madre; mas yo no hacía caso, porque, a la verdad, tenía miedo de entregarme en manos de un hombre que no pertenecía a nuestro ideal, y ella, comprendiendo todo lo que pasaba por mí, me decía:

- Mira, Amalia, aunque nada me digas, yo sé que tienes reparo, pero como yo te quiero tanto y conozco mucho al médico, te garantizo que puedes consultarle con toda confianza, que él te mirará como si fueras su madre. Te hablo así porque yo misma le he visto visitar a los enfermos pobres y los trataba con el mismo interés y cariño que si de ellos pudiera sacar un caudal.

Tal fue su empeño, que se puso de acuerdo con la muchacha que me servía, consiguiendo sitiarme, y yo no tuve más remedio que rendirme y acceder a su demanda.

¡Qué impresión sentí al ver por primera vez a mi buen doctor! Como yo tenía desarrollada esta mediumnidad de comprender y juzgar a las personas la primera vez que las trataba, ningún trabajo me costó comprender que poco era lo que habían dicho en favor de aquel ser. ¡Con qué respeto me escuchaba! ¡Con qué cariño me trataba! Con la sonrisa en los labios me dijo:

- No tenga usted cuidado, señora. Si los que le rodean me ayudan, yo la pondré a usted bien. Entonces un antiguo espiritista lo tomó a pecho y reunió a todas mis amigas, a quienes dijo:

- La vida de Amalia depende de nosotros, según ha dicho el doctor; así pues, ni de día ni de noche se puede desamparar la un momento, para lo cual cuento con ustedes, porque estoy convencido de que ninguna se negará a velarla.

¿Cómo negarse ¡pobrecitas! si me querían de verdad?

Acordaron, y así fue, que cada día y por turno viniera una por la noche; sacrificio que duró por espacio de ocho meses consecutivos, sin que ni una noche me quedara sola.

¡Qué contento estaba mi buen doctor al ver que todos sus esfuerzos darían el resultado apetecido! Tan fielmente se cumplieron sus prescripciones, que pude triunfar de aquella enfermedad que me tenía atada de pies y manos.

Durante este tiempo crítico mi pobre Centro se reanimó, porque vino uno de los médiums del Centro Barcelonés y me dijo:

- Amalia, si usted quiere, yo no la abandonaré; me presto de buena fe a ser el médium de este Centro.

Agradecida a tan espontáneo ofrecimiento, le dije:

- Hijo mío, no quiero que por mí, si es que allí te necesitan, los abandones.

A lo que él me respondió:

- No, no. Es que quiero retirarme de allí en definitiva, tanto si usted acepta como si no acepta mi proposición.

Yo, entonces, quedé muy agradecida y le dije:

- Te entrego mi Centro.

Entonces él y su esposa, una de las que me velaban, seguían al frente del Centro; pero, como yo no había venido a la tierra para gozar, sino al contrario para sufrir, una vez restablecida de mi enfermedad hubiera sido demasiado feliz si aquellos dos seres que habían salido a mi encuentro hubieran sido "espíritus afines", pero por desgracia no lo eran y se fueron luego complicando las circunstancias de tal manera, que tuvimos que separarnos, porque se llegó al extremo en que mi voz y mi autoridad les molestaba.

Este contratiempo hizo que yo tomara una resolución enérgica, y en este arranque de mi espíritu no me di cuenta del abismo que se abría a mis pies; pero, como mi espíritu no estaba acostumbrado a retroceder, ni por un momento se arrepintió, y entregándome a la voluntad del Padre, exclamé:

- ¡Ahora sí que, en verdad, sucumbirá mi pobre Centro!

Mas no fue así, porque el médium que me había brindado su apoyo no me abandonó, y como tantas y tantas veces había yo recurrido a mi segunda médium en casos de apuro, y aquél era de los más grandes que había encontrado en mi camino, le dije:

- Amiga mía: entrégate de buena fe y cuéntame todo cuanto te digan los espíritus.

Así lo hizo, ya que por entonces aún no se le había desarrollado su segunda mediumnidad, que era la parlante, y como recibía de lo Alto y directas las instrucciones, me dijo:

- ¡Amalia! Me dicen que no seas cobarde, que esto ha pasado porque así tenía que suceder, y que las pequeñeces de los hombres en nada influirán en la marcha de tu Centro; y me dicen, además, que de hoy en adelante recobrará nueva vida porque se desarrollará una nueva mediumnidad que es la que ha de sostener el Centro por mucho tiempo.

Todo se cumplió al pie de la letra; pero había olvidado decir que, en el transcurso de mi enfermedad, el tan anunciado millonario espiritista llegó, para mí, en una situación tan crítica que casi de nada me sirvió porque, en aquel lapso, yo no me pertenecía; siempre tenía miedo de ofender a los que me rodeaban, por cuyo motivo a ellos recomendé tan digno hermano.



¡Infelices! Poco sabían cómo se tenía que tratar a aquel gran personaje, y pronto conoció que los que le rodeaban ni conocían ni respetaban ese hermoso ideal que le había atraído a mi lado.

Cuando a mí se dirigía, yo no le daba muestras de comprender todo lo que él pensaba; y como mi afán no era buscar su "oro", me hacía la desentendida.

¡Cuánto sufrió mi pobre espíritu al comprender que, en vez de aprovechar la ocasión para dar vida a mi pobre Centro, la despreciaba por un exceso de cobardía!

Tan sólo un día, después de muchos exhortos por su parte, pues todo era preguntarme "de qué carecía", yo le dije:

- Estoy tan acostumbrada a sufrir y a carecer de todo que, en este momento, me considero rica; y es porque me veo rodeada de seres que piensan en mí, y entre éstos te encuentras tú; como yo sé que eres muy amante de la enseñanza de la infancia, mucho me gustaría que montaras una escuela en mi Centro.

No se hizo rogar. Tan pronto se lo pedí, la escuela se puso en marcha, figurando al frente de ella una antigua amiga mía, una digna profesora que no sólo enseñaba a los niños a leer y escribir, sino que les inculcaba el amor y respeto que debían a sus mayores y entre sí, considerando a todos como hermanos.

Era mi amiga una espiritista convencida y amante de la verdad; y como esta escuela no tenía el nombre de "escuela espiritista", siendo el afán de su fundador inculcar al niño la moral y educación que necesita el niño pobre para desarrollar sus sentimientos a fin de que el día de mañana sea modelo de virtud, ella era la más indicada para llevar a cabo este trabajo, como lo demostró en su buena marcha.

Poquito a poco fui restableciéndome de mi enfermedad y pude volver de nuevo a mis antiguas tareas.

¡Qué razón tenían los espíritus cuando en los momentos de abatimiento me llamaban cobarde!

- ¿No ves que tienes que trabajar mucho? - me decían , y era verdad, por más que yo no lo creía.

Cuando todo marchaba bien, vino otra vez ese furioso oleaje de la contrariedad que casi derrumbó otra vez, como en otra ocasión, mi pobre baluarte, mi pobre Centro. La causa fue que el fundador y mantenedor de la escuela tuvo que ingresar en una clínica para que le operaran de una antigua dolencia, con tan mala suerte, que sucumbió en dicha operación.

¡Otra vez mi pobre "nave" quedó a merced de las olas!

Tuvo que cerrarse la escuela y, con ella, la esperanza de poder continuar el Centro. ¡Pobre Centro mío! ¡Cuánto sufrí por él!

Sus altas y bajas eran los dardos que se clavaban en mi pobre espíritu; para mí todo había ya terminado.

¿De qué habían servido tantas comunicaciones anunciándome la llegada de tan buen hermano? ¿Es que yo no sabía aprovechar esta ocasión, o es que mi espíritu se empeñaba en no querer gozar?

Ahora, desde el mundo de los espíritus, veo que lo segundo es la verdad, porque cuando un espíritu desciende a esa penitenciaría con el solo propósito de encontrar espinas, cuando se le presenta una flor la desconoce por completo y la echa al olvido.

Tal me sucedió a mí. Yo no había venido a gozar; vine a saldar una de esas deudas que tanto molestan al espíritu cuando se encuentra en estado libre.

¡Cuán justo es Dios! ¡Qué grande su providencia! Uno mismo es el que se condena o se salva, y así me pasó a mí; pues, si bien en mi última existencia no había podido gozar por faltarme la salud, en cambio pudo sobrarme el "oro", que es lo que en la tierra hace "felices" a los humanos; pero mi espíritu, cuando se encontraba cerca de ese peligro, se asustaba, y este es el motivo porque yo cometía la mar de torpezas al despreciar las ocasiones en que me lo brindaban, y así mi espíritu volvía a quedar tranquilo viendo que carecía de todo porque yo, como los demás, pensaba en algunos momentos que, de haber sido rica, hubiera empleado bien mi fortuna; pero ahora veo que no habría sido así, que hubiera retrocedido, al punto que, así como faltándome todo sólo pensaba en los pobres y sufría por no poder ayudarles, entonces quizás no me hubiera frecuentado con ellos por el orgullo que da la riqueza en la tierra.

Nuestro espíritu no progresa dando el óbolo al mendigo, sino sufriendo en silencio por no poder socorrerle, y en este caso me hallaba yo.

¡Cuánto sufría cuando a mí llegaban seres pidiéndome auxilio, y más cuando estaban en la creencia de que yo podía hacerlo, encontrándome completamente imposibilitada de darles nada, por ser yo tan pobre como ellos! ¡Cuánto sufría!

Sufría más que ellos, porque ellos sufrían por su situación y yo sufría al pensar que estaban en la convicción de que yo podía hacerlo: y así pasé un "infierno", sin que nadie lo comprendiera.

En cambio, cuando a mí se acercaba un rico con las atenciones que le merecía mi pluma, le contemplaba y me daba tanta lástima, que no me atrevía a pedirle nada, porque frente a él me veía yo tan rica que todo mi afán era darle la riqueza de mi espíritu, sin pensar que él pudiera haberme dado la felicidad material para recreo de mi cuerpo.

Por respuesta les decía que mi pluma daba mucho consuelo, pero a mí no me daba ni lo más necesario para el sostenimiento de la vida, y entonces ellos, al igual que el que hace una limosna, me entregaban pequeñas cantidades para que pudiera continuar mi trabajo, cantidades que yo recibía con el rubor en el alma y que me hacían exclamar:

– ¡Padre mío! ¿Por qué no haces que yo pueda vivir de mi trabajo? ¡Cuán triste es trabajar mucho y que el trabajo no produzca para atender las más apremiantes necesidades de la vida!

Al ver tantos desengaños llegué a convencerme de que mi misión era la de pedir limosna, y ahora es cuando veo clara la verdad de por qué, por más esfuerzos que hacían, siempre me encontraba en la misma situación precaria.

Hay un adagio que dice: "Bienvenido seas, mal, si vienes solo", porque no tenía yo bastante con lo que me pasaba, que venía a colmar mis desdichas la suerte de mi pobre "Luz del Porvenir", que había debido desaparecer por falta de suscriptores, a causa de que, por aquel entonces, en España los hombres estaban poco acostumbrados a leer.

Y así iba yo cumpliendo mi misión, llegando a convencerme de que en esta existencia no podría complacer a los necesitados, que era lo que más apesadumbraba a mi espíritu.

¡Qué triste es para el espíritu el verse impotente de hacer su voluntad, y más cuando a uno se acercan todos los seres que sufren pensando encontrar alivio a sus penas! ¡Qué momentos más amargos se pasan, cuando uno se halla solo, con el recuerdo de los que sufren y a los que no ha podido socorrer!

Esto mismo me sucedía a mí, porque no basta pertenecer a un ideal, si no se practica la caridad.

Cuando más abatida estaba, llegaba a mí el recuerdo de las comunicaciones, y entonces, como el que despierta de un letargo, me levantaba y daba gracias a Dios por tan grato recuerdo.

Lo confieso con toda sinceridad, si no hubiera sido por el credo que profesaba y los consejos de los buenos espíritus, no hubiera podido soportar mi cruz.

Más de una vez, cuando me hallaba en esta situación, llegaba mi segunda médium, y como siempre le tenía trabajo guardado, esto me distraía; porque la verdad es que en la tierra las penas ajenas amenguan las nuestras; y como todo el afán de la médium era preguntarme qué es lo que quería, yo corría a mi despacho a buscar lo que tenía guardado y se lo leía.

¡Con qué atención me escuchaba! Parecía, en aquellos momentos, que no pertenecía a la tierra; y cuando dejaba aquella actitud, me decía:

– Pide, que todo cuanto tú quieras me darán los espíritus.

Yo, entonces, daba gracias a Dios porque aún había en la tierra un alma que deseaba servirme y, sirviéndome a mí, servía a los desgraciados.

Así iban pasando los días de mi calvario porque, en aquel entonces, yo casi no podía salir de casa por estar muy decaído mi organismo.

A no haber sido por la correspondencia que tenía de mi numerosa familia espiritista, hubiera estado enterrada en vida; mas no era así, porque cada vez que recibía una carta de uno de mis hermanos y por su contenido veía que aún podía serles útil prodigándoles consuelo; entonces me rejuvenecía y pedía al Padre que alargara mi existencia, si era que yo podía servir de faro y consuelo a las almas doloridas; y parecía que oía una voz misteriosa, pero dulce, que me decía:

– ¡Pide, Amalia! Pide, que todo cuanto necesites te será otorgado.

Y por eso no me faltaban nunca elementos para prodigar consuelo y dar luz a los ciegos de entendimiento.

Pobre, muy pobre es el concepto que los humanos tienen del espacio; porque, cuando estamos en la tierra, aunque se nos conceda todo lo que pedimos, somos tan ingratos que no queremos reconocerlo y todo nos lo apropiamos como nuestro; pero, cuando se llega a la vida verdadera, cuando se vive en esas moradas donde me encuentro yo ahora, entonces uno está frente a la realidad y dice:

– ¡Qué descuidado se vive en la tierra cuando se desconocen las fuerzas ocultas sin las cuales sucumbiríamos a la mitad de la jornada!

Como yo cuando estaba entre vosotros las conocía, aunque no en el grado en que ahora las conozco, por esta razón pude llegar a cumplir la misión que llevé a la tierra.

Ahora comprendo perfectamente que en una existencia como la mía, si yo no hubiera tenido más de una fuerza protectora habría sucumbido en la mitad de mi camino; pero, cuando se viene a saldar el pasado, cuando el espíritu voluntariamente se dispone para querer sufrir, todas las espinas que encuentra en su camino le parecen pocas. El cuerpo gime y llora y el espíritu goza con ese goce que en la tierra no se puede apreciar.

Esa especie de disparidad entre el cuerpo y el espíritu es incomprendible para el hombre; y si para comprender algo se necesita de una fe a toda prueba, yo tenía esta fe, pero, entiéndase bien, una fe razonada, porque yo estaba plenamente convencida de lo poco que valía mi organismo y de las fuerzas de que disponía.

En ciertos momentos comprendía perfectamente que aquella fuerza era desconocida y no había más remedio que rendir tributo de admiración al que todo lo puede, a esa fuerza desconocida llamada Dios; nombre único que hasta el presente le han dado las humanidades y que más tarde, cuando la ciencia esté en su verdadero desarrollo, dejará de ser, sustituyéndolo por otro más adecuado.

Entonces los hombres, estudiando la verdadera ciencia, analizando esa fuerza protectora le darán su verdadero nombre, porque hasta el presente no ven los hombres en Él más que un ser que hace y deshace a su antojo; pero la razón se abrirá paso y será cuando la ciencia, junto con el amor, pondrán las cosas en su verdadero lugar, y entonces se derrumbarán los ídolos de la hipocresía y de la mentira.

Sólo ese faro que ahora empieza a alumbrar y que se llama Espiritismo, es el único que tiene la clave para cambiar el malestar de ese planeta.

¡Paso a la luz, porque la luz del Espiritismo, comprendido razonablemente, es la única que puede cambiar la manera de ser del hombre!

¡Bendito seas, Espiritismo, por el que he luchado y he vencido!

Si no te hubiera encontrado en mi camino, ¿qué hubiera sido de mí, pobre mendigo de la tierra?

Mi alma cubierta de harapos se presentó en ese planeta donde nada me sonreía a mi llegada; triste fue mi entrada en la tierra, como llena de flores mi partida al espacio. ¿A quién debió mi alma esas flores? A mi hermoso ideal; sin él, toda mi existencia hubiera sido un calvario de amarguras, y sólo él fue quien endulzó la copa convirtiéndola en ese líquido divino llamado fe, que cuando el hombre no puede más, lo acerca a sus labios y una sola gota le reanima y le ayuda a luchar y a vencer.

Poco es lo que digo, para lo mucho que me ha dado mi hermoso ideal; a él se lo debo todo. Hoy ya no sufro, ya no lloro; hoy sólo vivo para los que me necesitan; ya he ganado un sitio desde donde puedo ver a todos los seres que luchan por su progreso y vengo a ellos cuando tienen necesidad.

¡Bendita mil veces, ciencia divina! Si todos los que cobijas bajo tu manto te comprendieran como yo te comprendía, la tierra se transformaría en un edén, donde los hombres ya no sufrirían las ingratitudes de los demás; ya no llorarían sino un pasado, pero todo cuanto les rodeara les haría grata su expiación.

En esta profunda meditación me pasaba yo tantas y tantas horas, cuando salía de uno de esos pasos borrascosos de la vida, y cuando ya en un momento de calma estudiaba mi pasado, comprendía perfectamente las fuerzas que me rodeaban, y entonces se acrecentaba mi fe y se elevaba mi espíritu a esas regiones desconocidas para mí, donde me rejuvenecía para volver a luchar y vencer.

Así se pasaban los meses y los años y mi pobre organismo iba decayendo; mi cuerpo pedía descanso y mi espíritu no lo quería; pero, como por ley natural llega el plazo prefijado, así llegó el mío.

Durante el curso de mi enfermedad, todos los seres que rodeaban mi lecho me querían de verdad, disputándose el puesto que, decían, les correspondía, para estar más cerca de mí; y yo, comprendiendo su cariño y el afán que tenían de alargar mi existencia, daba gracias a Dios, porque no es poco llegar a ser querido por seres con quienes en la tierra no nos une ningún lazo de familia.

¡Cómo se afanaban los probrecitos en llamar a los invisibles para que les dijeran que tardaría en llegar la hora de mi partida!

En más de una ocasión habían recibido el mensaje - por medio de la comunicación - de que aún no había llegado el vencimiento de mi plazo; mensaje que les tranquilizaba en gran manera, y llenos de júbilo y animosos venían a contármelo.

A decir verdad, yo no quería partir porque, entonces más que nunca, me veía querida de veras; y como siempre había carecido de la felicidad de ser amada, en aquellos momentos, para mí tan gratos, me encontraba tan bien en la tierra que no creía hubiera dicha mayor para mi espíritu.

Cuando analizaba las comunicaciones que mis amigas obtenían en secreto, en todas encontraba el mismo tema: "Que aún no era hora". Sin duda no había trabajado lo bastante para ganar lo que mi espíritu quería; y era la palma que recogen los héroes cuando regresan del campo de batalla y que mi espíritu se había propuesto ganar en esa existencia de amarguras.

Respecto a la palma, que en tantas comunicaciones me habían anunciado los invisibles, cierto día y cuando menos lo pensaba se presentó una renombrada espiritista, la esposa de mi buen amigo Serrillosa, que ignoraba lo de la referida palma, porque vivía muy lejos de nosotros, y me dijo:

– Amalia: viene conmigo una médium que dice que te dará todo cuanto te corresponde.

Y, en efecto, se puso la médium a trabajar en mi presencia, y tomando lápices de diferentes colores. trazó en el papel una hermosa palma y me dijo:

– Me dictan los invisibles que esta palma es suya, que ya la tiene bien ganada.

Difícil es describir qué es lo que pasó en mí en aquel momento; una lucha terrible de impresiones entre las que se abismaba mi espíritu pasando del temor a la alegría. La palma tan anunciada por mi segunda médium había llegado en el momento en que se me había concedido; y comprendiendo yo perfectamente que aquel símbolo anunciaba mi partida, exclamé:

– Ahora sí que he concluido mi tarea; terminó felizmente mi campaña, señal inequívoca es que mi cuerpo ya no puede más.

¡Qué doloroso resulta, para el ser que se ha impuesto deberes, el tener que dejarlos!

Yo, en momentos de lucidez, hablando conmigo misma me decía:

– ¿Qué harán estos infelices después de mi "muerte"?

Pero, como no hay quien detenga la ley, ésta va siguiendo su curso y llega el momento "fatal"; y digo "fatal", porque el hombre en la tierra está convencido de que nada se pierde después de la transformación. Siempre se ve que lo que nos cubre el mañana hace que dudemos de la verdad, y esto mismo me sucedió a mí.

Esperando el desenlace me rodeaban todos y se decían entre sí:

– A ver si con nuestras lágrimas podemos detenerla. Porque, aunque jóvenes, bien comprendían en qué orfandad quedaban.

Parece imposible que, cuando el organismo está pasando una crisis tan grande, el espíritu, perfectamente y con lucidez, se dé cuenta de todo lo que le rodea.

De ahí viene que, cuando el espíritu rompe los lazos que le unen al cuerpo, los guías y amigos de uno mismo lo envuelven con su manto fluídico para que no advierta ese crítico momento; y pasada la primera impresión, cuando todo en la tierra vuelve a estar en su verdadero lugar, nos recorren el velo y nos dejan contemplar aquellos lugares tan queridos por los recuerdos que de ellos tenemos; porque cuando uno ha sufrido y llorado mucho en el santuario de su hogar, en santuario se transforma para dejarnos contemplar lo provechosa que ha sido aquella existencia de amarguras.

Cuando en la tierra estuvo todo en su verdadero lugar fue cuando yo, al igual que la paloma mensajera, volví a mi verdadero palomar, sin querer moverme de allí, aunque estaba plenamente convencida de que nadie me veía ni oía, pensando tan sólo que aún podía serles útil, y así era en realidad.

Entonces comprendí que mi pobre Centro iba a sucumbir, y haciendo un esfuerzo de voluntad, pedí al que todo lo puede que no permitiera que sucediera tal; y en el mismo instante oí una voz grave y lejana que solemnemente me prometió que podía partir de aquellos lugares sin temor alguno, porque mi Centro quedaría bajo su tutela.

Al oír esta promesa, yo no sé lo que pasó por mí... ¡No puedo más!...

Aquí termina el manuscrito de un espíritu que vino a la tierra con grandes deudas y partió algo limpio de conciencia.

¡Adiós!

10 de julio de 1912.

FIN